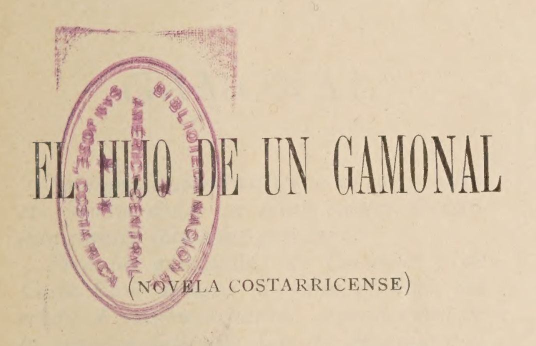


This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

El Hijo de un Gamonal

Claudio González Rucavado



EL HIJO DE UN GAMONAL

(NOVELA COSTARRICENSE)



SAN JOSÉ DE COSTA RICA

IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN
DE
PADRÓN Y PUJOL
1901

GAMONAL [1]

La significación castellana de este vocablo es "tierra donde se crían ciertas hierbas medicinales llamadas gamones."

Pero los gamonales *de Colombia y de Costa Rica, aunque no crían plantas, las echan ó pueden echarlas, prevaliéndose de la superioridad que dan la posición y el dinero. Dejando los juegos de vocablos, diremos que* gamonal *significa en los dos países mencionados,* cacique, magnate, persona influyente.—"*La dignidad de* cacique *que yo creía cosa de broma, es cosa harto seria. Mi padre es el* cacique *del lugar.*" (J. Valera, "Pepita Jiménez.")

(1)—Tomada del Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica por Carlos Gagini.



EL HIJO DE UN GAMONAL

I

DICIEMBRE....! Por allá, tiritando de frío, llega cubierto de blanca indumentaria. Por acá, en el trópico, pone en fuga las lluvias y solea la tierra: tiempo seco y delicioso.

Desde que rompen los Nortes, locas las nubes se empujan en el espacio como gasas grises ó blancas que se recogen ó se sueltan en mil caprichosos pliegues; se agigantan, se esfuman y resbalan apelotonadas hácia el sur para posarse sobre la cadena azul de las montañas. El cielo, así barrido, se pone terso como inmensa bóveda de espejo. El sol resplandece con su luz de vida y festonea las calles colgando por un lado un paño de oro de tejas abajo, hasta la mitad de la vía; por el otro, un paño oscuro extendido hasta jun-

tarse con el de oro.

El viento zumba, silba, canta; pasa rápido por las calles en contínuo carnaval, volando sombreros, ciñendo trajes, arrojando polvo como turbonadas de confetti; cierra ventanas, hace retemblar vidrios, golpea puertas y canta su canción lúgubre entre los árboles del parque.

Huele á portales, á arbolitos y á juguetes nuevos. Se escuchan ruidos de mogiganga, greguería de toros, tintineo de botellas, batir de *churucos* y golpes secos de palos; y el aire fresco al respirarlo parece que supiera á confites de clavos ó de semillas de *chiverre.* Todo respira alegría; se siente el hervor de la vida.

II

Carlos Gómez entró disparado como rehilete en el hotel, encarnado aún por la emoción, irritado por el trabajo y el calor de la sala, pero más alegre que granuja en día de gran feria. Sus tres amigos fumaban al rededor de una negra mesa de mármol, charlando sobre política ó acerca de sus exámenes, con demostraciones tan palpables de gozo, que revelaban á distancia un humor envidiable. Cuando vieron entrar á Carlos, á úna, pusiéronse los tres de pie, con es-

trépito de sillas, recibiéndole con cariñosas palmadas en los omoplatos y efusivos apretones de manos. Convertidos en un interrogatorio, los estudiantes ocuparon la misma mesa.

Eran novicios bachilleres. El recién llegado cabalmente venía de terminar su examen. Sus buenos amigos, Luis Aldón, de unos diecinueve años, bien parecido, por más que era algo narigudo y canijo; Julio Ruiz, con hasta veinte, de bigotillo negro, tipo galán; y Manuel Velar, habían salido en la mañana con idéntico éxito al de que podía ufanarse Carlos Gómez, joven gentil de pálido rostro y negros ojos orlados por una ojera azul.

¡ Qué fortuna ! El tribunal examinador no había sido tan exigente como se lo temían en un principio.

—¡ Oh, siempre los exámenes, la eterna pesadilla de los estudiantes ! exclamó Carlos. Yo quisiera ver el día en que se prescinda de ellos. He observado que muchas veces son perjudiciales á la salud y á la selección de los hombres que deben dedicarse por sus ingénitas dotes á hacer caminar el organismo social en las vías del progreso. Que concurran cuantos jóvenes ú hombres quieran á recibir la educación, por propia voluntad, sin obligatorias leyes de enseñanza. Nadie permanece gustoso allí donde no se halla bien; así, pues, no permanecerán los concurrentes en las aulas cuando no satisfagan su sér con las lecciones de las cátedras. Y poco á poco se practicaría un a

selección, no quedando al rededor de los maestros sino los individuos verdaderamente aptos para profundizar el estudio. Los otros tornarían á las faenas apropiadas á su constitución. Sería una manera natural de no quitar á ningún ramo de la labor humana fuerzas que le corresponden. Establecida la libertad de enseñanza en las bases supradichas ¿ qué necesidad de exámenes habría ? Además, la vida entera del hombre ante sus semejantes ¿ no es un perpetuo examen? Cada uno se esfuerza en superar y lucir sus actos, porque el hombre se ocupa constantemente del hombre y le conviene saber cuáles de sus semejantes están mejor constituídos para esto ó para aquello. Un abogado ha concluído su carrera con los mejores exámenes, y es común ver cómo yerra en la práctica de la profesión, lo que prueba que los exámenes no son el termómetro para determinar la aptitud individual del que pretende título.

—¿Con que somos ya bachilleres hechos y derechos!—exclamó Julio Ruiz rebosando satisfacción.

—Dices bien, más derechos que otra cosa, pues si la suerte no nos sonríe, sabe Dios si á estas horas estaríamos cantando victoria, replicó Carlos Gómez, reponiéndose apenas del tremendo susto que el bachillerato le había hecho entrar hasta la médula de los huesos.

—¿Y quedó alguno en el banquillo cuando tú te viniste ? (Banquillo llamaba Luis Aldón el asiento del examinando.)

—No, contestó Carlos, fui el último que fusiló el tribunal.

La adquisición de los respectivos títulos no se había de pasar en seco. Manuel Velar, joven acomodado por las pingües rentas que su padre percibía, quiso obsequiar con una comida á sus tres condiscípulos, en festejo de tan célebre fecha.

Un criado del hotel les llamó, y en pos de él entraron en un salón donde había una docena de mesas apercibidas para los pensionistas, y los extraños que suelen comer hoy en una parte, mañana en otra. Como había poca gente se les sirvió con presteza. Allí sendas botellas de Chablis. ¡ Imposible que en una zahora fuese á menospreciarse el vino !

En el laboratorio, alguna vez, habían analizado vinos y licores de los que consume el país con ó sin examen del Instituto de Higiene, y ganaron la convicción de que tan lujosas botellas, con sus marbetes de colores, enfiladas como soldados en las estanterías de los almacenes, no contenían sino una serie de venenos, preconizados como grandes alimentos. Y que el color de rosa de las mejillas, que ostentan los bebedores, se debe al relajamiento de los vasos sanguíneos, que los nervios permiten por laxación. Pero queriendo romper con el prudente metodismo, aunque sólo fuese por esta vez, los estudiantes pasaron á hacer derroche general de expansiones y á cometer excesos á costa de las bebidas

alcohólicas.

Tomaron, pues, un bitter para principiar y la emprendieron con la sopa, atravesándose apenas palabra entre cucharada y saboreo. El sirviente, presuroso, levantó los platos, destapó las botellas y llenó las copas. Interin venía el segundo plato, hablóse de la prosperidad, de la amistad, del gobierno, de viajes, y creció una charla ensordecedora. Las mejillas de los comensales encendiéronse en vivo grana; los ojos se les pusieron vidriosos y cogieron un bailoteo entre las órbitas como si tuviesen chiribitas.

Julio bebía como cacharro sin fondo y empezó á charlatanear filosofías:

—Pudiera ser que mi inteligencia no viese ya claro, pero me figuro que tánto estudio, tánto trabajo por parte de los sabios no ha servido sino para comprobar la impotencia humana ante el mundo. Los credos se desvanecen ante la exégesis, esa es la verdad; pero acaso las ciencias positivas nos han dado una síntesis de la explicación del universo que satisfaga plenamente la curiosidad intelectual? Yo creo que si las religiones, la ciencia, no ofrecen asidero á nuestros desfallecimientos en el mundo, se debe al orgullo humano; yo vuelvo los ojos á la religión de mis padres: algo de verdad debe tener en el fondo cuando los siglos á pesar de sus rudas batallas la han consagrado. Cuanto más estudiamos tanto más nos roe la duda; no seamos curiosos, no nos mortifique-

mos por propia culpa.... Lo malo es que el ansia de saber.....

—Del beber, interrumpió Carlos con burlona sonrisa, pensando en el atavismo y en la pereza intelectual de los que prefieren admitir ciegamente un dogma á entrar en análisis de una teoría.

Julio, sin reparar en la burla de su compañero, continuó su crítica:

—Además, del cerebro de los sabios salen las ideas en forma de teorías, hipótesis y la mar de espectros, que nos alegran porque creemos tener ya con eso la clave de la existencia. ¡Ilusión, sombras! He ahí las bases de nuestro saber de actualidad. Sólo sabemos que nada sabemos.

Carlos engullía un pastelillo sin dejar ese pliegue de los labios que traduce una sonrisa de sarcasmo ó de persona que se da importancia, y tiró otra frase.

—Ya lo creo, fuera de la máxima ajena, tú no ves, porque al comienzo no más, el vino te ha puesto telarañas en los ojos. Pero hablaba tan quedo, que sólo Luis le oyó, y celebró la zumba.

Manuel Velar, que se llevaba á los labios la copa de vino y ponía atención al discurso de Ruiz, queriendo ser guasón, dijo:

—Cuando hasta al sonido le descubrieron sombra, no tardarán en hallarle esqueleto.

Julio seguía con sus declamaciones filosóficas, asegurando que él no veía claro ya. Que los sabios andaban á la greña

en punto de altas especulaciones metafísicas y que el positivismo iba á menos. Carlos, que no quería escuchar más dislates, le llamó al orden de esta guisa:

—Vamos, Ruiz, tú siempre has estado á oscuras, qué quieres ver? Menos ahora. Tú debiste haberte metido fraile. Los comensales soltaron una estruendosa carcajada. Julio, aunque conocedor del carácter de su amigo, se sintió incomodado.

Gómez, que apenas había probado el Chablis, continuó:

—Dejémonos de tinieblas. Ese caos es efecto de la imaginación avinada. Hablemos de otra cosa más amena, no de tintas negras en el agonizante positivismo, que me da risa. Oigásenos decir de lo futuro, escúchesenos loables aspiraciones, entreveamos brillante porvenir aunque sólo sea en nuestra fogosa imaginación. Que más tarde hayamos de recibir costalazos, no implica el que desde ahora entremos llorosos: risueños avancemos en la vida nueva de hombres.

¡ Bravo, bravo! Dijeron por lo bajo Luis y Manuel. Julio aun estaba serio.

—¡Eso es hablar! ¡Otro, otro, Gómez!

Al mismo tiempo, Luis sacó una cartera de su bolsillo de pecho y comenzó á tomar notas rápidamente.

—Ya que desean oírme, empezaré por hacer un programa. Pienso pasar aquí un año, descansando de las tareas escolares; luégo me iré á Londres, al Guy's

Hospital, en donde estudiaré medicina. Concluída mi carrera volveré á mi terruco á establecer una clínica y á casarme. ¡ Tú, Julillo, qué vas á emprender ? preguntóle con melíflua habla como para darle pública satisfacción por sus chanzas. Y como Luis no le guardaba rencor alguno, porque quería de verdad á Carlos, se apresuró á contestar :

—Yo espero la entrega que de mi herencia habrán de hacerme muy pronto. Soy mayor de edad y desde que se casó mi hermana y se llevó consigo á Lily mi otra hermanita, he resuelto alquilar una hermosa pieza, que pongo de antemano á la orden de ustedes. Creo que atenido á mi hijuela no me hace falta estudiar más : son cincuenta mil pesos.... Y se llenó la boca citando la suma.

Inmediatamente fue interrumpido por Carlos :

—¡ Qué hombrecito para exagerar ! Echando cálculos en días pasados, y luégo con la hijuela á la vista, vi que tu herencia difícilmente ascendía á treinta mil pesos.

—Bueno, que sean treinta mil. Treinta mil pesos que, como soy tan atolondrado....

—Unica vez que has dicho una verdad como un templo.

—¿ Me dejarás concluír, Carlos ? díjole irritado Julio.

Sonriendo, Gómez hizo una señal de asentimiento con la cabeza para que su amigo concluyera.

Julio prosiguió:

—Pierdo en un abrir y cerrar de ojos todo mi caudal. En esta previsión me marcharé á Poukeepsie á estudiar comercio y á mejorar la letra.

—Por de contado que también llegarás á hacer prodigios en el vestir y traerés cuellos como puños, corbatas chillonas de formas extravagantes y una colección de americanas *chic*, dijo Carlos.

Volvió Julio la cabeza con gran majestad. La punta del cuello le arrugó la piel de la garganta y le formó como una papada. Miró gravemente á Carlos y no dijo palabra.

Manuel Velar le preguntó á Ruiz cuándo haría el viaje, y le contestó que de un momento á otro, que el día menos pensado, sin despedirse de nadie; que sólo esperaba carta de su tío establecido desde hacía fecha en Washington.

—Bien, dijo Manuel, tenemos un médico que á juzgar por lo presente, será un gran profesor; un comerciante, quizá futuro banquero. Ahora viene un jurisconsulto: ese seré yo, que me matricularé en la Escuela de Derecho.

—¿ Entonces te quedas en la Capital; y la familia? preguntó Carlos.

—La familia me la traeré de Bejuco. Tengo entre manos el proyecto de que mi hermana sea maestra elemental de alguna escuela de San José. Y para concluír se dirigió á su compañero más cercano, que apenas había desplegado los labios:

—¿Y tú, Luis, qué piensas hacer?

—Lo que tú, estudiar leyes; sin abandonar por eso la pluma.

—Sí, ya veo, hace más de una hora que tomas notas. De seguro, si no cejas, llegarás á ser un Daudet, un Pereda, un Palacio Valdés, un Maupassant ó quizás un Zola ó un Benito Pérez Galdós. Todos rieron estrepitosamente con lujo de aspavientos, alzando los brazos para un nuevo brindis. El buen humor rayaba en entusiasmo; y con aquella nueva copa se armó una algarabía más grande.

Julio Ruiz, trabajosamente se puso de pie para pronunciar unas cuantas palabras.

—¡Eh, muchachos, va por nosotros!

—Vamos, Luis, escritor de notas, no guardes el lápiz, ahora es tiempo de que no se te escurra palabra del brindis, dijo Gómez codeando á su compañero, al mismo tiempo que aplaudía y se animaba con los otros.

Ruiz contestó:

—Brindo porque se colmen nuestras justas ambiciones, por las mujeres más lindas, por unas felices vacaciones y por la esplendidez del amigo Manuel Velar.

Apuróse el vino, y dando Manuel recio golpe en la mesa con su vaso ya vacío, se dirigió á los comensales, extraviados los ojos y los labios balbucientes.

—Señores, ¿en dónde piensan ustedes pasar las vacaciones?

Los muchachos no respondieron al pronto; pero luégo uno dijo:—Yo no sal-

dré de la ciudad; y los otros agregaron:

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Entonces me tomo la libertad de invitarles á que pasen unos días conmigo y los míos, en mi pueblo.

Aceptado el convite, adiaron un sábado para hacer el viaje. Carlos, arrojando de un papirotazo la punta del cigarrillo, se levantó repentinamente diciendo:

—¿Nos vamos? Es tarde.

—Los compañeros le siguieron, y cubierta la cuenta, los cuatro jóvenes, de bracete y meciéndose como un barco en alta mar, abandonaron el comedor con la sana intención cada cual de encaminarse á su domicilio. En la puerta del hotel, se despidieron y Manuel Velar arrumbó á su casa, diciendo:

—Voy á escribir á mi familia..... Echando esta misma noche en el correo la carta, seguro se irá mañana en el tren de las siete.

Ruiz casi no podía andar solo, por lo cual, los dos que habían bebido menos, Gómez y Aldón, le llevaron hasta la casa. Y allí, una vez á buen recaudo en su habitación, bien atrancado para que no saliese, los dos amigos se despidieron. Luis, al decir adiós á Carlos, extremamente alegre, con el entusiasmo de un novel escritor, le sopló al oído:

—¡Qué buen capítulo el de esta noche, para mi novela! Entonces Carlos lo retuvo por la mano y le dijo entre serio y burlón:

—Anda á dormir, que buena falta te hace. Deja un instante siquiera de pensar en la literatura; y se marchó riendo á carcajadas, calle arriba.

III

UNA carta lacónica, malísimamente redactada y con peor letra. Claro, si no estaba para prodigios.

Levantó la pluma, hizo una ligera mueca de desdén, como quien dice: esto basta; y sin agregados cerró la cubierta y escribió la dirección con cuatro mayúsculas muy rasgueadas:

Señor don Pantaleón Velar

BEJUCO

Limpió la pluma, se quitó la visera, guardó la carta entre sus papeles, retiró un poco el quinqué para que la luz no le mortificase, y cruzando los brazos sobre la mesa, hundió la cara entre ellos, revolviendo un montón de ideas acerca de su más ó menos descifrable futuro.

Pocas vías que llevasen á la meta de sus desenfrenadas ambiciones le ofrecía el porvenir. Diáfano como un viril se le presentaba unas veces; oscuro como el plumaje del *tijo*, otras. ¡Qué hacer; qué pasos dar; qué camino emprender? ¿Se

marcharía á su pueblo para dedicarse allá á la labranza y á la tranquila vida patriarcal que desborda salud y alarga la existencia? ¿Seguiría á su padre, el ignorante y buen viejo que se había desvivido por hacerle sabio, rico y poderoso? Nó, era necesario continuar estudiando á fin de dar gusto al anciano que tenía forjadas tantas esperanzas como hojas visten el ramaje de las frondas. Pero bien, era eso nada menos que engañarle. ¡Había perdido tanto tiempo! Además de que el hijo de un rudo campesino que nunca conociera otra ciencia que la de cortar corpulentos cedros y resistentes *guachipilines*, sembrar caña, cultivar café, y rezar el trisagio y otras preces, no podría ser todo lo que el honrado anciano pretendía. Y no era cosa de que llegara al puebluco:

—Padre, aquí me tiene. No estudio más porque yo no sirvo para esas cosas.

¡Pobre padre! Las ilusiones nada cuestan al nacer, y al morir suelen rasgar el corazón. Más convenía que el anciano viese á su hijo seguir la senda que le trazó.

Como muchos, que no pueden comprender que cada uno trabaje en su esfera, pacientemente, sin mirar cuál ha hecho más y á quién se aventaja, llegó Manuel á pensar que realmente el saber hace desgraciados á hombres que, sin ser muy favorecidos por natura, se les despiertan ambiciones y envidias no para dichas.

Pero la ignorancia labra nuestra des-

dicha, nos deja inermes para la lucha, á merced del que sepa, á merced de los fenómenos naturales; y da cabida á supersticiones que no consuelan, al contrario, hacen más agitados y medrosos nuestros días, con futuros horribles, tortura de la existencia.

Y hay gran satisfacción en ver, admirar y comprender. Al sentir rebozar la vida bella, contemplando una brizna arrastrada por una hormiga, un hilo de sol tejido entre la yerba, y tantas cosas menudas que llevan á la gran contemplación, se puede exclamar con Renán: "Es bueno vivir, y el primer deber del hombre para con el infinito de que ha salido es el reconocimiento." ¿ Pero sólo el sabio podrá proferir exclamaciones así? No, el hombre conforme puede también. Nuestra imaginación loca se encumbra é ideamos una vida que casi siempre es imposible realizar. No pretendamos que los hechos se acomoden á la caprichosa fantasía, sino tratemos de adaptarnos á las cosas como van siendo y como son. Siempre que busquemos felicidad fuera de nosotros, no la encontraremos: ella está en nosotros mismos.

Para la carrera que iba á seguir debía de tener un guía cierto: su vocación. ¿ Cuál era ésta? Manuel lo ignoraba; y eso que en el país no hay mucho donde escoger. Por lo pronto no recordaba sino tres que llevasen á un fin no desfavorable, si la persona es avisada. ¿ Medicina? Nada de lo que le habían ense-

ñado dábale idea exacta de lo que podrían ser tales estudios. Quizá ya en el extranjero, metido en la facultad, renegaría. ¿ Ingeniería ? No era mala ocurrencia, sobre todo en un tiempo en que en el país nacía gran impulso material: planes de costosas construcciones, de ferrocarriles y tranvías. Mas ¿ quién le aseguraba ocupación en esas empresas generalmente á cargo de extranjeros y donde la retribución del trabajo estaba, por otra parte, muy limitada ?

—Dejemos esas profesiones problemáticas, admitamos sin discusión el Derecho. Así lo dije ayer á los muchachos. El Derecho es el único que promete, usando de audacia y petulancia. Se utiliza inmediatamente que se adquiere y ¿ quién sabe... Mañana un Ministerio... ó talvez....hasta Presidente!

Levantó la cabeza, se acomodó en la silla y murmuró:

—Leyes, estudiar leyes es lo conveniente.

Hecha la elección de la carrera, Manuel se levantó de su asiento y tiró á la calle para dejar la carta en el buzón del correo.

Era ya muy tarde de la noche.

IV

Es lo cierto que Manuel nació, como consta de los registros parroquiales, en el pueblo montañés llamado Bejuco, cuyo camino carretero, á trechos pedregoso, con aspecto de cielo aborregado, partía la férrea línea estirándose hasta la Capital.

Tuvo por madre á *ña* Ramona Barboza y por padre á *ñor* Pantaleón Velar. El día en que nació, hubo, á más de sus tatas, quien le esperase y recibiera con gozosa y explicable novedad: su hermano mayor, un mocozo, camisa chorreada, de unos cinco años, que estaba en un craso error creyendo que el recién nacido, apenas dado á luz, iba á saltar del camastro para unírsele é ir ambos por esos caminos de Dios á hacer fechorías. ¡ Qué desencanto ! Pero la mamá tenía la culpa. ¿ Pues no le había dicho que muy pronto le pondría la Virgen un compañero, hermanito, para que jugaran juntos ?

Grandecito, Manuel se reveló como un insoportable galopín, que dejó atrás á Goyo, el dundo de su hermano, inútil casi para todo.

Como hijo de católico gamonal, lo primero que á Manuel llamó la atención fue

el patio de la sacristía, donde los muchachos del lugar, antes y después de la *explicación*, jugaban al toro; y en las *choclas*, *guápiles* de café, *ojos de buey* y jaboncillos. Más adelante, el púrpura y oro de las estolas y dalmàticas fueron un incentivo grande que le hizo meterse monaguillo por andar con las investiduras sacerdotales, con el acetre y con el hisopo aspergiendo agua bendita; y sobre todo para atronar los ámbitos del recinto de la iglesia, con la campanilla de oficiar. Ya deseaba ser campanero, por subirse á la torre y echar á vuelo los sagrados bronces; á lo que sus padres se opusieron rotundamente de temor á la fogosidad infantil. Y luégo que aquella vieja torre, del tiempo de la colonización española, de mechinales enmontados y con los refuerzos del pie metidos entre bledos y un apeñuscamiento de pedregones, recordaba con su campana nueva el fatal lance de Rosita, la chiquilla de Juana la antigua lavandera. Motivo por el cual el campanario estaba vedado á casi toda la *chamusquina* (1) bejuqueña.

En fin, para el muchacho, estar empleado sacristía adentro, era una ganga: no perder misa solemne, lograr de cuando en vez uno que otro *chingaste* de las vinajeras, marearse con el incienso, ó bien marchar con la cruz alta ó algún cirial, viendo mejor que nadie las procesiones; y del respeto con que los seglares mira-

(1)—Chiquillería bulliciosa.

ban á la servidumbre de la morada de Dios, en traje de carácter, algo le correspondía. ¡Ah, eran muchas las gangas que reportaba el ser acólito!

Los cuatro latinajos que el Cura le incrustó en la memoria para ponerle á su servicio, abrieron al demonio de la curiosidad sus puertas; y vinieron entonces al chiquillo ansias infinitas de averiguar qué significarían aquellas palabrotas raras. Sucedióle que probado que hubo por mera curiosidad lo que era el saber, le entraron deseos tan grandes de estudiar, que dio al traste con la sacristía, y aborreció de muerte todo oficio rústico al cual sus padres quisieron dedicarle.

¡Una profesión quería el muchacho!

Ante tan laudable decisión, el Cura de la Parroquia, único capaz de apreciar los afanes del que era su ayudante, se encargó él mismo de aprovechar y satisfacer los caprichos del muchacho, acordándose aunque católico romano, de aquel lindo proverbio del maestro de la exégesis bíblica: "Es el corazón humano cual la piedra de un molino: si ponéis debajo trigo, lo muele y cambia en harina; si no ponéis el grano, muele siempre y se pulveriza ella misma."

Manuel no asistió á la escuela pública; recibió clases de lectura, escritura y rezo en la casa cural. Sus padres, en lugar de oponerse y clamar contra dos brazos perdidos para el machete y la pala, abandonaron al hijo bajo la férula del Eclesiástico. En esto obraron opuestamente

con las ideas de sus compoblanos, á quienes era difícil hacer soltar soldaditos á la instrucción. ¡ Era más que calamidad privar las huertas y los corrales del cuido de la gente menuda, y á los peones, del mandadero encargado de llevar, á las nueve de la mañana y á las dos de la tarde, la limeta de café negro como el abenuz y aromoso como la flor, y el envoltorito de hojas de plátano que contenía la comida.

El discípulo colmaba los pocos esfuerzos del dómine, con asombrosa inteligencia. En cuanto pudo descifrar los caracteres de imprenta no se quedó papelucho que no leyese.

Como además de estudioso, le abonaba el ser hijo de gamonal, tenía carta blanca en la villa.

Había recogido un fárrago de periódicos viejos y rotos; hojas sueltas de desdichados libros que iban á parar á los mostradores para envolver jabón ó candelas; y otros papeles que hubiesen merecido la honra de ser enseñados á hablar por una máquina de imprimir. Dilataba el cumplimiento de los mandados por deletrear en alta voz las muestras de los tres establecimientos de Bejuco, que decían: *Pulpería, tercena y taquilla*; ó sólo : *Guarito*, con el muñeco de la copa, típico del borracho, como fondo; y la añeja estampa de un viejo risueño señalando con el índice el rótulo de un cartel que dice: *Hoy no se fía, mañana sí.*

Hizo Manuel la bella obra de traspa-

sar sus conocimientos, en los ratos de ocio, á su hermanita menor. Así, ésta supo leer y amar la lectura; aprendió á escribir y adquirió con el tiempo regular letra y clara redacción.

Con esto, figuraos los humos que se daría nuestro pequeño, quien era de suyo orgulloso hasta el desprecio.

El cura se hacía lenguas del niño y le animaba cada vez más. Esperaba escribir, andando el tiempo, al Sr. Obispo y pedirle á su Ilustrísima favor especial para el retoño Velar. Tal vez lograría meterlo interno en el Seminario, y luégo, cuando dejase atónitos á los dómines, con sus rápidos estudios, le enviarían á Roma á estudiar teología.

A *ñor* Pantaleón le sonaba todo eso con muchas campanillas, pero no optaba por las sacras investiduras. No asemejándose así á los padres campesinos, cuya dicha sería un vestido talar en la choza, que á fuerza de rezos y sermones, ganara el cielo para toda la familia.

El criterio de *ñor* Pantaleón se debía á que él en materia de ambiciones calzaba muchos puntos. Esto desde que una vez el Presidente de la República, en visita oficial á *sus dominios*, comió en casa del campesino, muy llanamente.

A medio día de uno muy caluroso de marzo, corrió la voz de que el Jefe de la Nación llegaría en la tarde á Bejuco, lo que ya se esperaba desde algún tiempo atrás, por los apercibimientos hechos en la Jefatura. Y no fue bola la noticia. Allá

como á las doce y media apareció en el pueblo una cabalgata: la misma anunciada.

El Magistrado no era hombre que perdiese oportunidad de ganarse adeptos, y consecuente con esto, procuró enterarse de quién era la persona más caracterizada del lugar, después de las que á su cargo tenían la dirección del pueblo. Le indicaron á *ñor* Pantaleón y á buscarlo fue inmediatamente el muy ladino, acompañado de un edecán.

—¿Cómo está Ud., don Pantaleón? le preguntó el Presidente, tendiéndole la mano, franca, sin ceremonias ni ambages. ¿La familia....? ¿Cuántos chiquitos tiene?....Y tomó asiento frente á una ventana enrejada de madera. —Hace calorcito ¿no es verdad, don Pantaleón? Y el democrático Jefe agitaba el aire con el sombrero de camino. Sobre una mesa, cabe de un ramillete de flores silvestres colocadas en un tiesto pintado de amarillo, dormitaba un robusto gato morisco.

—¡Este gato, qué hermoso! Y así hablando se levantó para acariciar al animal, que apenas si movió la cabeza, semiabrió los ojos y quedóse echado. El Presidente hizo una pausa y moviéndose con afectación, agregó:

—¡Cómo se respira honradez en esta casa!

Pantaleón Velar, ante tal llaneza y afabilidad, estaba confundido, se deshacía en zalemas, usando un laconismo inmediato resultado de la emoción que expe-

rimentaba y del miedo de desagradar.

Por último la nobilísima persona se expresó de esta guisa:

—Don Pantaleón—y cargó la voz en el nombre, y lo repitió para producir más efecto—Don Pantaleón, probablemente en la tarde de mañana me iré; pero no lo quisiera sin antes haber ocupado su mesa. Vendré mañana á almorzar en su honorable compañía, si le parece, con algunos de mi comitiva.

Y aquí para nos, lectora simpática, cuentan pillines, muy pillos, que profesan y viven de la baja política, que llamando el Presidente á *ñor* Pantaleón, aparte, con voz queda, le pidió unos quince pesos prestados, y que cuando volviera á palacio se le extendería un vale con una suma que no le disgustaría. Después se acercaron á la puerta de la calle y dijo el honorable visitante:

—Con que....don Pantaleón, somos muy buenos amigos, eh? Yo deseo tenerlos en gran número en su pueblo. ¿Me comprende Ud.? Así es cómo únicamente puede un gobernante volcar dichoso la urna de sus bondades en el fecundo país que rige.

No fue preciso más: el zopo de Velar quedó extático, confundido, turulato, en una actitud semejante á la que produce el terror. Creía en tales momentos que jamás había existido mandatario mejor. Felízmente, su mujer, que llegaba en tan críticos instantes, metió conversación y despidió á los personajes que habían veni-

do á saludar á su esposo. Este, alborozado, se caló el *pita* y corrió á convidar al Cura y al Jefe Político, y á hacer compras para preparar la comilona con que había de obsequiar al primero de los empleados públicos.

¡Qué honra para él que se figuraba un presidente, un sér privilegiado, un ente superior, extra-humano, riquísimo, de difícil acceso, omnipotente. ¡Venirle á buscar, á él, humilde propietario! Poco le faltó para trastornarse de pura vanidad.

Desde que *ñor* Pantaleón fue tan agasajado por el importante personaje de quien recibió visita, quiso inquirir las cuestiones públicas. ! Y cuál no fue su contento cuando supo que todo hombre puede llegar á la curul presidencial!

En cuenta esto, si el Cura esperaba sacar de Manuel un eclesiástico entendido, el tata destinábale in mente á la presidencia, ó por lo menos á un ministerio.

Un día el Párroco tuvo una larga conferencia con el viejo Velar, la cual dio por resultado, disgusto pasajero al de hábito y la partida del pequeño, con una gran maleta, rauta de Alajuela. Una vez en esta ciudad ingresó en el instituto. Depositaron los profesores halagüeñas esperanzas en él. Su aire afable y fisonomía simpática los cautivó primero; y después creció el aprecio al ver las muestras de precocidad intelectual del nuevo interno.

Años más tarde pasó á la Capital á continuar sus estudios. Operóse enton-

ces un leve cambio en Manuel, que el tiempo acentuó. Concurrieron para ello varias circunstancias: las nuevas costumbres que adquirió en la ciudad reinecilla, algo diferentes de las morigeradas que lo habían acreditado, y su carácter llevadísimo de impresiones y maleable.

Llegó Manuel á San José, en el tren, una hechicera mañana de invierno. (1) Conforme avanzaba la locomotora en la curva de la línea, parecía descorrerse mágico telón ampliando la perspectiva pintoresca. El matizado valle josefino con su tono verde predominante, que produce una sensación de salud y alegría, le sedujo presentándosele en diversas posiciones, cual si coquetease con el extasiado expectador que lo contemplaba desde el ventanillo del coche.

¡Era un conjunto tan poético! Aquellas casas, aquella balumba de techos, balcones, astas, miradores; aquella cadena de montes labrados que dicen: el campesino labora sin tregua; aquella faja de montes azul y verde ciñendo el circuito de la tranquila población, donde no parecía que existiera una sola fábrica, excepción hecha de la Nacional de Licores, cuya actividad se pintaba en el claro cielo con tumultuosas bocanadas de humo negro expulsado por el conducto fumífero.

Ya en el Liceo, Manuel estrechó relaciones con ciertos muchachos un tanto to diferentes de sus antiguos camaradas.

(1)—Estación lluviosa.

Conoció muchachas bonitas de la Capital, y asistió por vez primera al teatro. Aprendió modales, á vestir como las gentes de buena sociedad: gastó chaqué y no sé si más tarde hasta guantes, frac y chistera. Tenía dinero y lo sabía gastar con esplendidez. Sus amigos le llevaron á sus casas; y también con ellos anduvo de bureo. Con este nuevo método de vida, Manuel mató en las cabezas de todos, menos en las de su parentela, las ilusorias esperanzas que su seriedad de niño obligara á concebir. Vino á ser uno de tantos estudiantes que no conocen el tejuelo de los textos, una persona vulgarísima. Volvióse lerdo de entendimiento, como antes fue precoz. Obtuvo á la postre título de Bachiller; ¡sabe Dios cómo! A pellizcos, á empujones, por la benevolencia del tribunal; más que todo, por la suerte.

A estas horas traía á examen minucioso las calaveradas y fechorías cometidas, y sintió el haber perdido tánto tiempo.

Sin embargo era aún joven y proponiéndose, algo alcanzaría. Decidióse, pues, á enfrascarse seriamente en los libros; á poner de lado la desidia para trabajar mucho. Sí, sólo así, recuperaría su fama de estudiante inteligente que tuvo al comenzar sus estudios.

V

QUIEN á las voces que daba, salió á recibirle, fue su hermana Mercedes, una joven de diecisiete años cumplidos, de formas esculturales: llena y alta de pecho, deliciosa, torneada de hombros y brazos. Estos podían admirarse á sabor, porque cuando salió á la solana llevaba las mangas de la blusa recogidas graciosamente hasta el hombro. Tenía hermoso cabello negro como la noche y ojos color de café, chispeantes como piedras finas y tan coquetones en su prisión de rizadas pestañas, que por lucirse no permanecían quietos; tras el fulgor de su mirada, bajo el cutis limpio, pletórico, adivinábase la tensión de la apasionada y tenaz criatura. Fresca como una *pastora*, (1) ostentaba una salud y una perfección de cuerpo, reveladoras de un desarrollo sin artificios, vigoroso, como crece una planta silvestre en terreno opimo.

Agraciábanle mucho su nariz corta y perfilada, su boquita de labios delgados y rojos, y una sarta de dientes infantiles como minúsculos granos de elote, con los que regalaba la vista y el deseo de quien le mereciese una sonrisa.

Esta flor silvestre, tan bella como la

(1)—*(Poinssetia pulcherrima)*— Planta ornamental, de flores grandes, estrelladas y encarnadas como la amapola.... (Gagini)

santalucía que esmalta y perfuma nuestros potreros, fue la que se detuvo un momento en el corredor para reconocer al recién llegado. De pronto se le arrojó en los brazos, exclamando:

—¡Caramba, si pareces un muchacho decente; no te conocía!

—Pero ¡qué guapísima estás! añadió Manuel, abriendo los brazos para recibirla. Nunca me figuré encontrar una hermana tan linda. ¡En dos años cómo te has rehermoseado!

—¡Tonto! díjole Mercedes enrojeciendo lentamente; no has entrado aún en casa y ya te estás burlando. Eso no me gusta á mí. ¿*Querés* hacer conmigo lo que con las señoritas de San José? Lo sé todo.... ¿y para qué me habían de servir tus cartas? Y ahora que las miento, allí las tengo en un cajoncito, amarradas con una cinta celeste.

—Francamente vales la pena.....Manuel la contemplaba fijo y sonriente, sorprendido de la sana hermosura de su hermamana. Rápidamente, como mariposa azul de ilusión, soñó con un partido bueno, escogido entre los que valían algo en la Capital.

Ató la bestia mular á un horcón del corredor, frente á una *canoa* en la que había un resto de caña y *guate* picados, y rodeándole á su hermana la cintura con el brazo, la empujó suavemente hácia la puerta de la sala enladrillada. Una salilla

sin más adorno que media docena de cromolitografías de imágenes benditas: unas sin marco, otras en marcos de lata, colgadas asimétricamente en las encaladas paredes y cubiertas de palmas del Domingo de Ramos. Sobre una mesa pegada á la pared, una urna de vidrio salvaba del polvo un *paso* (1) hecho en Guatemala, atestado de flores de papel con hojas doradas y muñequillos ordinarios de porcelana. Lo demás del menaje eran un par de bancas y unos cuantos taburetes alineados al muro; todo en el mejor orden y con la más deseable limpieza. De la cadena central colgaba un racimo pequeño de plátanos *patriotas*.

La llegada de Manuel al pueblo fue acontecimiento, y razón de más para ello la cena que después se ordenó preparar y que honrarían con su presencia los principalitos de allí, convidados por *ñor* Pantaleón.

Toda la casa andaba revuelta. ¡Si había sido una sorpresa agradable! Callandito, sin decir palabra de cuándo regresaría, pian, piano, en una mula al trote por la calle real, entra en seguida Manuel en la solana, dando voces á todo el mundo. ¡Qué dicha tenerle en casa después de tan larga ausencia! Ya se ve, pues, si había ó no, para tener jolgorio en casa de Mercedes.

Los de la familia, y algunos vecinos

(1)—Nacimiento.

que al verle pasar caballero en su mula, le reconocieron, reuniéronse en la sala de los Velar para recibirle. Era un tropel de gente que hacía sonreír gustoso á Manuel.

En el campo no hacen las gentes derroche de expansiones externadas por medio de besos y abrazos, como en las ciudades, donde quizá se traducen los afectos, cuanto más insignificantes son, más recargados de extremosidades. Los campesinos, por naturaleza, son parcos en palabras y escasos en demostraciones cariñosas. Así, es imposible tachar de fría la recepción hecha al hijo devuelto al hogar, por cuanto apenas los presentes tendiéranle la mano, tiesa; eso, si no eran las extremidades de los dedos, inexpresivos como la manera de ser de aquellas gentes en quienes el corazón arde de placer envuelto en un ropaje tosco, de nieve.

—Pero *hijoó*, decíale *ña* Ramona, su madre, contemplándole con cierta veneración y como dudando de que fuese su propio hijo aquel apuesto muchacho. Pero *hijoó*, volvió á decir, ¡qué grande estás! ¿Cuántas veces *habís enfermao*? Sólo sentía no poder estar á tu *lao pa cuidate*. ¡Si bien se me conocía, *verdá*, Mercedes? Y lo que más sentía era el pensar que te pusieran en manos de esos *inflaos* médicos, que roban envenenando. Y como saben *ler* les dan títulos. ¡Jesús hasta *onde* hemos *llegao*! Yo siempre *t'he curao* y te conozco *dende* que te tuve los males que *padecés*; por dicha *sos* muy sa-

note y muy *juerte, asina mesmiticamente* que éste, dijo tocando la cabeza melenuda de Gregorio.

A Manuel se le ocurrió besar á su madre, quien lo miró con extrañeza, como si la hubiera faltado al respeto.

No necesitaba Manuel para reconocer á su madre, verla; con solo oírla la perorata anterior, que el cariño y la añeja costumbre la dictaban, hubiérale bastado para adivinarla. ¡Siempre atizando contra los médicos!

Manuel paseaba miradas benévolas por todas las personas y objetos, antiguos amigos que se alegraba de volver á ver. Sonreía con plenitud de satisfacción; no le cabía en el cuerpo la camisa al sentirse en el seno de su familia. Tenía sensible fondo y no hubiera trocado las dulzuras que experimentaba en su hogar, la enorme tranquilidad que se había poseído de todo su sér, por la gran vida alegre que había gastado con sus amigos.

Cuando la natural expansión de los allí reunidos, comenzó á aplacarse; cuando los extraños curiosos desfilaron á sus casuchas, sacó Manuel de sus alforjas, regalillos que había traído para repartir á sus padres y hermanos. Al hacer sus obsequios excluyó á Mercedes con segunda intención. Ella, por el momento no paró mientes en el hecho, analizaba muy detenidamente á su hermano. Hallábale bien parecido, y pensaba que no había hombre más interesante: el peinado de tupé, la palidez mate, los ojos oscuros y relam-

pagueantes; el vestido, las maneras desenvueltas y talvez aristocráticas, á lo menos á ella le parecía así; y más que todo, la complaciente risilla que no se le caía de los labios desde que llegara, la tenían arrobada.

Ñor Pantaleón, saludado que hubo á su hijo, le preguntó por sus estudios. La respuesta la dio el muchacho, extrayendo de su balija un largo cilindro de hojalata, del cual sacó un papel lleno de firmas y sellos: el título de Bachiller en Ciencias y Letras.

El padre arrugó el zumbel para dar importancia al acto; se limpió las callosas manos en los pantalones de *cuero de diablo*, y tomando el testimonio entre los pulgares é índices, con extremo cuidado, remiró lleno de curiosidad aquella constancia sellada con dos ó tres sellos. Luégo se lo devolvió á su hijo pidiéndole su lectura. El viejo tosió y escupió á lo largo en el enladrillado, manifestándose orgullosamente conforme.

Todo el mundo tornó á sus quehaceres. Manuel quedó solo, poniendo en orden su equipaje. Se encontraba aplicado á esta tarea, cuando su hermana apareció en la puerta de al lado para conducirle al dormitorio que le destinaron. Cargó Manuel á un mozo con las maletas, que eran dos y estaban aún en el suelo, y siguió á Mercedes á la habitación. Una vez dentro, sacó del fondo de la balija un pantalón y lo extendió sobre la cama.

—¿Qué vas á hacer, le preguntó Mer-

cedes con vocecilla de niña mimada.

—Ya lo ves, estiro estas arrugadas ropas.

—Dame acá, eso me toca á mí, dijo la joven moviendo todo su cuerpo y pasando de un lado á otro de su hermano para coger la prenda de vestir que éste tenía.

—Nó; bonitos estaríamos que comenzase ya á hacerme el pesado.

—Es que yo reclamo mi oficio, dijo Mercedes con mil dengues. Y cómo nó, si instintivamente comprendía ella que sus gracias hechizaban á su hermano.

—Bien, si te empeñas, los dos nos ocuparemos en lo mismo. Verás qué pronto finalizamos la tarea y nos daremos gusto charlando.

Pronto terminó la faena, y se marcharon en fraternal coloquio animadísimo. Recorrieron el patio donde en un gran marco de troncos de *aguacate* y vástagos de plátano, sobre cueros, se asoleaba un par de fanegas de café. Bajaron á la quebrada, donde Chon, de cuclillas en una piedra, henchía con un *guacal* una ventruda tinaja. Cerca de un montículo, de menuda grama cubierto, Aurorita lavaba en un canasto un poco de maiz cocido con flor de ceniza. Y Joselillo, careto de tierra, todo chorreado, recibiendo los rayos plenos del sol en la hirsuta cabeza, con una cutacha desmochada y unos cuantos estacones, sudaba sacándole un ramal á la quebrada para echar á flote unas *bateítas* que había armado como balandras. Estuvieron por el jardín de se-

tos desordenados y platabandas de mal gusto, que sin embargo revelaban cultivo en un terreno naturalmente fértil.

Manuel refería á su hermana los sustos del último examen, y uno que otro de sus lances amorosos que hacían gozar á Mercedes, cuyo temperamento sanguíneo y decidido se excitaba con estos relatos.

—Pocas veces tuve un noviazgo con visos de serio. Siempre fueron los míos, aventurillas de dos y tres meses. No he dejado novia por allá.... Y se detuvo un momento como pensativo. Luégo siguió:

—Te diré la verdad aunque parezca mentira: no me interesó ninguna muchacha. No he encontrado mujer de mi gusto; y las que me hicieron vibrar levemente la fibra del querer, eran para mí uvas en agraz.

Esto último picó á Mercedes. Hallaba digna de Manuel á la más encopetada..... ¡Qué orgullo el de esas pretenciosas señoritas!

—Empero, agregó Manuel, ahora justamente creo que eso es nada....

—Adivino ya lo que vas á decir.

—Pero óyelo: tú eres tan linda, que vales tanto ó......

—No, Manuel, no *chanciés*. Y Mercedes le tapó la boca al muchacho con el abanico de su mano abierta, que no parecía de campesina á Manuel, y no porque el sol le enturbiase los ojos.

La verdad es que los dos hermanos se habían siempre considerado mucho. Ambos habían sido educados diferentemente

de los suyos, y sentían especial placer en hallarse completos el uno para el otro.

—¡Ah, olvidaba! Pasado mañana, ó el sábado á más tardar, tendremos aquí unos amigos míos.

—Ya lo sabíamos, ya lo sabíamos. Ayer leí, cabalmente, tu carta en la que nos lo decías. Pero.... *sabés*? no apruebo eso porque....

—Tontuela, sé que toda mujer gusta de encontrar quién la admire. Si tú fueras fea......

—¿De veras? ¡Cuánto has aprendido! Te lo decía porque te vas á llevar un chasco. Aquí nosotros no sabemos recibir á nadie. Yo, la primera, voy á morirme de vergüenza.

—Eso será el primer día, después ya te pasará; y mucho más á ti que no eres tan dejada.

Hubo un silencio en el cual sólo charlaban en lenguaje de almas, la felicidad de los hermanos. De pronto se detiene Mercedes, y poniéndose en jarras, dijo:

—¿Te acordabas siempre de mí, en el Colegio.

—Por supuesto.

—Por supuesto, sí, por supuesto! ¿Donde está la prueba; vamos á ver, que me trajiste? Nada.

—Ven conmigo, interesadilla.... Y los dos entraron corriendo en la casa.

Aposentados, Manuel puso á la vista de Mercedes una caja que aromatizaba el ambiente.

—¿Qué es eso, perfume?

Por toda respuesta Manuel levantó la tapa y mostró á su hermana unos pañuelos de seda marcados con las iniciales de ella y cubiertos por un *sachet.* En seguida agregó á esto un estuche que contenía un par de zarcillos, un pomo de fino perfume y perifollos á gusto del sexo delicado. Todo expresamente para ella. La muchacha se puso loca de contento. ¡Si le había adivinado sus predilecciones: perfumes, pañuelos, alhajas, precisamente era eso lo que envidiaría toda su vida!

VI

DEBIDO á la independencia de carácter de Mercedes, y á la manera cómo se la educó habíase creado en medio de los suyos sus fueros que todos respetaban. No parecía en genio y trato, pariente de los cónyuges Velar. Sus gustos, sus pretensiones, la poca afición á los trabajos duros no agradaban mucho á sus progenitores que de la madrugada á la noche se movían sin cesar en mil quehaceres. Mas las ambiciones, las esperanzas de la familia, toleraban esa irregularidad, que, según pensaban, habría de convertirse alguna vez en brillante posición fuente de dichas.

La diferencia era tan marcada, que Mercedes parecía flor exótica en aquella casa. Los afanes de *ñor* Pantaleón iban

enderezados á pulir las costumbres y á afinar los deseos de sus dos hijos, para convertirlos, con tal cultura, en un búcaro donde esperaba ver lucir un pitiminí de venturas.

Aconsejado por Manuel y dirigido por Mercedes, se ejecutó el arreglo de una cena, campestre, sí, pero apetitosa.

¡Qué cacarear de gallinas; la misma cosa que si les hubieran pregonado un fatal "trece de noviembre" que á paso de gigante se les echase encima! Todo el corral ponía el grito en el cielo como si un *tigrillo* famélico lo hubiese asaltado. Las cluecas, erizas, corrían sin rumbo, cloqueando á una cría imaginaria; los *chompipes*, asustados y muy garbosos, prorrumpían en su lengua china; los carracos huían enfilados como claudicando, sin saber qué pasaba; tras ellos seguían los gansos, muy gordos. Los pollos ronquetes, con una que otra pluma tornasolada en la incipiente cola, andaban como de costumbre, muy erguidos, luciendo la roja cresta, mirando de soslayo á diestro y siniestro con una arrogancia que era audaz en tales momentos. Tan cercana la fatal hora de algunos, y al pasar frente á pollas y gallinas, los muy tenorios, tendían nerviosamente el ala, cual abanico abierto á lo largo de la estirada pata.

Ña Ramona habíales puesto la puntería, al *tecolote*, al blanco calcetas y á dos gallinas malas ponedoras que en el cazo pagarían su esterilidad.

Elegidas las aves, se procedió á captu-

rarlas, lo que dio oficio á la ayudante de cocina, á Goyo, el hermano mayor de Manuel, y á la misma *ña* Ramona.

Fue seria empresa aprehender las aves designadas, porque, despavoridas, se salieron del corral. Después de corretear cercos y callejones, los sentenciados cayeron en poder de sus perseguidores, cuando maltrechos, derregandos á pedradas, se detuvieron cacareando desesperadamente, desfallecidos de cansancio. Agarrados por las alas y sugetos por el pico fuertemente, los llevaron á la cocina, donde se les amarró junto al fogón mientras se les retorcía el pescuezo.

En el *molendero* preparaban un lechoncillo, adobándolo esmeradamente y discutiendo el modo de cocinarlo.

Entre tanto, con la cooperación de un muchacho, Mercedes desocupaba la mesita de la sala para añadirla á otra mayor. Ambas fueron tendidas con hermoso mantel nuevo, uno que al cuidado de la joven se tenía para cuando llegase gente de rango. Por último atavío, Mercedes puso sobre lo mesa un regordete frasco de color verde oscuro, que contuvo aceitunas, y que hacía en la actualidad de florero coronado con un ramillete de amapolas, rosas y catalinas.

Dispuesto el improvisado comedor, Mercedes se marchó á la cocina con la diligente intención de ayudar á su madre en el aderezo de la cena.

VII

Trasponía el sol los montes combando su camino de luz para hundirse en una abra, dejando en el espacio nubes colorinadas de mil ostentosas tintas. Ya una vedija rubia como un penacho de mazorca de maíz que flota en la inmensidad azul; ya un rasgón rojo como fresa; ya un tul zafiro; ya un flavo retal de nube como girón de bandera; ya una franja violada como un capelo. Y los montes, encarrujados, con las laderas cultivadas y las crestas coronadas de bosques fragosos, cual erizada melena de árboles copudos que regodeasen sus cúpulas en aquel océano multicolor, hacían á veces la ilusión de un enorme paquidermo agazapado en la tierra, oculta la cabeza y sin cola, tan solo enseñando la piel surcada de rasguños arcillosos y mostrando en los horcajos como un músculo ó hueso en forzada postura.

Al toque de oración escucháronse los gritos estridentes de una *piapia* asustada que voló de un higuerón á un naranjo, quizá en busca de abrigo para pasar la noche. El Jefe Político con su aspecto de monigote entró en el soportal. Después del *ángelus* llegó el señor Cura, quien se fue derecho á Manuel, le abrazó terriblemente y le palmo-

teó las espaldas al mismo tiempo que le largaba un rosario de exclamaciones.

—¡Qué mocetón se ha puesto mi querido y antiguo misario! ¡Oh, Dios, cómo no hemos de alabar y bendecir tu sublime bondad, si nos le conserváis tan frondoso del cuerpo como puro del alma! Lo último lo sabía tan bien el señor Cura, como que nunca le había tenido en su confesonario.

Las mujeres hacían luz en todas las habitaciones.

Ña Luciana, la comadre, que en su luenga vida no había hecho otra cosa que descascarar al prójimo y desmenuzar honrillas, una beatona de las de cruz y golpes de pecho, llegó seguida de otras dos personas: don Lucas, un veterano del 56, ex-maestro de primera enseñanza, administrador de una valiosísima finca, y *ña* Feliciana, su mujer, sin más gracia que una trenza raquítica que traía suelta y semejaba el rabillo de un saíno.

La familia Velar, que ansiaba siempre parecer culta, se deshizo á su modo en atenciones para los invitados. De guisa que la acogida fue cordial.

Reunidas estas gentes en el corredor empedrado, hubo larga plática. Manuel hizo la delicia de sus oyentes con historias de estudiantes y chistes comedidos, puesto que su público era nada menos que todo un rebaño de cristianos con su prolijo pastor. También se trató acerca de la próxima venida de los condiscípulos de Manuel; y discutióse el traslado

de la familia Velar á San José, donde Manuel colocaría á Mercedes como profesora, poniendo en jnego la influencia de un amigo suyo que era pariente del Ministro de Instrucción Pública.

En aquella oscuridad, rota á veces por el relampagueo fúlgido que iluminaba el horizonte, donde el contorno de los concurrentes no se destacaba claro, flotaba un vocerío confuso, procedente de una acalorada discusión. Por último dominó la opinión ahincada de Manuel entre el maremagnum de pareceres, y se avino en que la familia Velar se trasplantaría á la Capital, pasada la cogida de café y la corta en la montaña, ó más tarde, cuando Goyo hubiese sembrado unas cuantas manzanas de maíz y frijoles.

El monótono doblar de las campanas anunció las ocho de la noche. Los presentes se santiguaron y rezaron por el descanso de las benditas ánimas del Purgatorio. *Ña* Ramona apareció, toda aturdida, en el fondo negro del corredor, recortado en la penumbra su contorno por la débil claridad de una candileja que traía en una mano, mientras que con la otra se echaba sobre el hombro el harapo que le servía de delantal, y se restregaba los ojos llorosos por el humo de la cocina.

—Si sus *eselencias* gustan, señor Cura y señor *Político*, la cena será servida.

Imitando al amo de la casa, se levantaron los convidados para encaminarse al comedor donde oliscaba apetitoso cuanto

en la mesa había. Unos pollos nadando en salsa, dorados al horno, con los muslos gordiflones, muy tiesos, como puños amenazando las tejas. De más, tostelillos y bizcochos caseros, frijoles fritos en mantequilla con sobrada cebolla, y torta de huevos.

Antes de sentarse nadie, invitaron á *ña* Ramona á hacerlo, con requiebros del señor Cura y del Jefe Político. Mas ella alegó los chocolates, unos tamalitos de elote que aun estaban al fuego y metióse en la cocina, muy oronda al verse objeto de los chicoleos del buen pastor, alardeando de asombrosa actividad. Entonces *ñor* Pantaleón acomodó el rollo de sus carnes en un lustroso y apolillado sillón de cuero situado en la cabecera, como principal, é hizo plaza á su derecha al enmagrecido plébano, y á su izquierda al Político. Manuel y su hermana se cuidaron muy bien de quedar juntos, dejando un taburete libre, seguido de ellos, para que se sentara su madre. *Ña* Luciana y los demás se acomodaron como les plugo.

Al principio todos eran circunspección y afectados modales, pálido reflejo de una etiqueta forzada. Pero *ñor* Pantaleón, con ademán brusco empuñó trinchante y cuchillo é intentó dividir un pollo; mas no logró sino desparramar la salsa, zafar del plato el ave y pringar á los comensales que dieron un salto por librar del achiote y la manteca sus ropas de coger misa. Era la segunda vez de su vida que el

viejo Velar se armaba con tales instrumentos. La primera fue cuando el banquete presidencial. En la imposibilidad de manejar el cubierto, delegó sus funciones en el sumiso siervo del Altísimo, quien acuchilleó las carnes, hábil como un disector, separando en un periquete, en medio de la admiración de los comensales, muslos, alas, pescuezos y pechugas.

Cumplido el honor de la repartición, el señor Párroco, con especial cuidado se dedicó á saborear los manjares, soltando monosílabos ó mondando algún hueso con voraz apetito.

Manuel discretaba con su compañera.

Cuando *ña* Ramona se sentó en el taburete al lado de *ña* Luciana, el Cura, dando tregua á su alimentación, se repantigó en el escaño, se pasó la servilleta por los labios que aun saboreaban un trago de vino oporto y le dirigió la palabra:

—¿Y Ud., señora, muy lista para el *turno* del domingo?

—*Pus* ya nos prepararemos, padre. Le mandaré el chanchito que he *engordao* en el chiquero de abajo.

—¡Oh, será muy bien recibido! Envíeselo á la señora Luciana que está encargada de organizar esa fiesta.

—¡Ah... *ña* Luciana? exclamó la madre de Manuel, semivolviéndose: sí, ya sabía yo que estaba Ud. de turno... Tiene *pa* trabajo. La vieja aludida se *chiqueó*. Y como de costumbre entre ellas, suelta la lengua, hubo párrafo como sermón de Viernes Santo.

—¿ Qué tal sigue su *chacalín*; le puso el *ingüento* que la di con las hojas de malva *pa* la inflamación ?

—Sí, *ña* Ramona: Dios y Vd. me la han puesto buena.

—¡ Ah, si es que no hay como la *medecina natural.* Vea, los *cojollitos* de naranjo agrio *pa* los *niervos*; y *p'el naciu*, el *ingüento* del Padre Gregorio.

—Si en el pueblo *tuiticos* la bendecimos, *ña* Ramona, es Vd. el ángel bueno.

—No tanto, me aplico, nada más. Siempre me ha *tirao* la *medecina* y.... ¡ Agora he compuesto un medicamento que lo cura *tuitico*.... !

Ña Luciana se creyó en el deber de cortarle la frase para decirla:

—Tatica Dios le conserve la vida muchos años y á nosotros con Vd. *pa* disfrutar de sus bondades. Después preguntó: —¿ De qué se compone ?

—Ya verá Vd. ¡ *Carachas*! y ese sí que cura! Es una agua que he *preparao* con *apazote* molido y apagado al aire libre, unas hojitas de *tapate* y yantén con castor. Luégo *ña* Ramona le metió la boca en la oreja á su interlocutora, sumando otra sustancia que no oímos. Sólo sí, á *ña* Luciana le brillaron los ojos como dos carbuncos, de pura satisfacción.

Mientras las dos viejas discurrían como para incorporarse en la Facultad de Medicina, largo rato hacía los hombres zarandeaban la política del país. *Ñor* Pantaleón y el Jefe Político hacíanse mieles del gabinete gubernativo, sosteniendo á

pie juntillas la excelencia del Gobernante y asegurando que nunca lo había tenido mejor Costa Rica, después de la Independencia, contra la opinión de Manuel y la del viejecillo Lucas—administrador de la finca de Mr. Smith americano sajón—quienes sostenían era el peor, el que de más tretas y mañas se había valido para engañar al pueblo. Porque qué era el que las arcas del tesoro se vaciasen? Eso no importaría en sí. El país vale; bien trabajado es una gran mina. Pero, señores míos, las instituciones, las leyes, la constitución conculcadas.....eso nó, no era para tolerarse; vengan las desgracias, pero haya siempre honradez, juego limpio.

—Y fíjense Vds., decía Manuel, cómo lleva tantos años de estar en el poder, reelecto siempre, como todos saben.

Metió baza el Cura y dijo:

—Es cierto. Mas cuán satisfechos debemos sentirnos. Este Presidente, en sus doce años y pico que del manejo de la cosa pública lleva, no cuenta un solo fusilamiento como abundan en el resto de Centro América; y sobre todo, siempre tan respetuoso de nuestra santa religión, liberal con nuestra santísima madre iglesia.

A lo que repuso Manuel exaltado, pues en tratándose de política, perdía la chabeta y bramaba él solo por todo el ardor político que encierran las cabezas de provincia:

—Peor que peor. (El pater se santi-

guó para recibir el chaparrón.) Dejando aparte lo de los fusilamientos, que serían inútiles, puesto que no se defiende uno á cañonazos de las hormigas, no entiendo qué virtud haya en llenar las alcancías de los templos cristianos y arrebatar la libertad al pueblo. ¿ Que respeta la fe religiosa...? Bueno; pero que se cuide también de respetar la constitución. Nuestro pueblo debería enseñarlo con dura lección á cumplir la carta fundamental. Es una desgracia que aun estemos en un período de educación política, en el cual, de nuestra libertad, pueda disponer cualquiera. ¡ Oh, pero nuestro pueblo es tan pacífico....!

—¿ Y por qué acentúa Vd. tan desdeñosamente la palabra pacífico ? Se figura acaso Vd. que ese estado es un vicio ? Y cuál ha sido la fuente del mayor ó menor bienestar nacional de que hemos disfrutado; y no así nuestras hermanas de Centro América ?

—¡ Ay, amigo....! Hablemos tranquilamente.

—Nó, si yo no me exalto.

—Pues bien, hablemos claro que á nadie ofenderemos. Si un enfermo padece nerviosidad, bromuros le aplicarán para traerle la calma; y si el mal de otro es la pereza del clorótico, hemoglobina, buena alimentación y ejercicio serán los medios de provocar la actividad.

—Y bien, dice el Cura, qué hay con eso ?

—Que en ambos casos el hombre está

en extremos: no debe ser ni activo que se desgaste con propio daño, ni inmoble que se pierda por inerte.

—Muy bien; y qué, preguntó el Cura con curiosidad.

—¿Y qué? Pues Ud. no me negará, padre, la analogía de las sociedades y el sér vivo; y concretando, no deja de haber un paralelismo esencial entre un hombre y el cuerpo social. Si admite ésto, enférme una sociedad con los males apuntados y vea si se cumplen sus fines. En el primer caso, el enfermo nervioso–de una enorme actividad–exagerando su esfera de acción, se gasta de tal manera que no dejará campo para concebir, producir y menos madurar. En el el segundo caso (la inercia), la clorosis no dejaría producir por lo exiguo de la fuerza vital.

—Entendidos; adelante. Por que todavía no sé por dónde me va Ud. á salir.

—Sentado lo anterior, dígame Ud. lo que crea de nuestra paz. Porque en el cementerio la hay: los muertos no dan asonadas, no inventan máquinas, ni labran la tierra. De paz disfrutan los inválidos en su retiro, viviendo de recuerdos; y la tienen los que no ambicionan grandezas, ni cosa menor, esquivando hasta con mengua de su dignidad toda agitación que pueda dejar responsabilidad.

El viejecillo don Lucas, no bien se detuvo Manuel en el discurso, dijo:

—¡Qué bien, esa es la pura verdad! Ahí me tienen Vds. á mí, retirado, na-

rrando á los niños mis recuerdos y sin aliento para espantar las moscas del pastel político.

Manuel, creyéndose interpretado y como le miraban á la cara, se entusiasmó; y más que ya había brindado sus copitas de aguardiente contrabando.

El Cura, no recordando que sólo él y su dialogante no eran los que allí estaban, pensó á su vez en sermonear con toda su retórica; pero el joven continuaba:

—Se ha cantado mucho nuestra proverbial paz: es necesario energía, que nos movamos.

—Parece increíble que un joven acabadito de educar en el Liceo piense en revoluciones como en la cruz de salvación.

—Hay situaciones, padre, en las que debe practicarse la máxima sajona: más vale tolerar revoltosos á quienes se puede combatir, que amos á quienes hay que doblegarse. Y doblegarse es permitir tácitamente gobierno conculcador, aunque no se esperen favores; doblegarse es no protestar, gozar de empleos, servir al amo, en fin, hasta saludarle. Además de que ciertas metamorfosis necesitan en determinado momento de una revolución, cuando la evolución ya está hecha.

—Yo sí creo, agregó el Abate, que antes de derramar sangre debe transigirse y deben esperarse mejores días.

—¡Un espíritu sano no admite la paz á precio de una servidumbre! Creo con Vd. cualquiera otra cosa; pero en mate-

ria de libertades nó, porque la libertad es la vida; y como los bienes se desean para la vida......

—Manuel......¿sabe qué me parece Ud. esta noche? Un clarín guerrero.

—Nunca he sido partidario de la guerra para llevar á cabo nada. Pero para conseguir la libertad, sí. Cuando la atacan, pienso que, como es vida del hombre, éste tiene derecho de defenderla con las armas. Y no es broma, señor Cura; un hombre puede no tener dinero, talento, mujer que lo ame y....vive; ¿pero un HOMBRE sin libertad podrá vivir, sólo comiendo y bebiendo como las bestias?

—Ya se ve que nó, repuso el Presbítero, necesita de la oración y de servir á Dios.

A esta respuesta Manuel se impacientó. No era eso lo que deseaba le dijesen.

—Con que Vd. ha vencido la paz en la batalla de esta noche, continuó el Cura como para terminar esta discusión.

—Compréndame, señor, no rechazo la paz; nunca. Entiendo que ella es el único camino seguro y fecundo del bienestar y progreso. Pero es una desgracia que sólo pueblos enérgicos y que han aprendido á ser libres en la escuela de la lucha contra las tiranías puedan disfrutarla. Otros hay que en la degradación únicamente la encuentran, y son como los cumplimenteros sin talento, que parecen serviles y aduladores cuando más finos se muestran. ¡Himnos al templo cerrado de Jano si sus herradas puertas han gira-

do sobre sus goznes á impulso de honrado altivo!

—¡Caracolitos! exclamó el Párroco, si nuestro pueblo fuese un solo hombre y le oyera, se habría abalanzado sobre Vd. Pero nó....ya se ve, es pacífico.....

—No confundamos la paz con la apatía para merecer el dictado de pacíficos. Declarémonos enfermos; y mientras el Pater se hacía cruces, Manuel continuó:

—Se comprende cómo pueden ser absorbidos por otras razas, pueblos á los cuales un gobernante, solo, ha constreñido á ser sus servidores. Venga la paz verdadera. Pero en todo caso "menos paz y más independencia." Aquí se detuvo como cansado de hablar. No se oía un rumor en la sala. De pronto, *ña* Luciana estiró los brazos; Goyo abrió los ojos; Mercedes suspiró y sonrió á su hermano; *ña* Ramona y los demás, excepto el Cura, iban bostezando por turno. Pero el Cura, que había comenzado la discusión sobre su credo católico y que sintió lo lejos que fue á parar el tema, rompió el silencio así:

—Convengamos por hoy en la enfermedad de nuestro pueblo y volvamos al punto de religión que estacionamos de entrada no más. Decía Vd. que la religión del pueblo debía ser......

—El deber, interrumpió Manuel.

—Pero......

—La instrucción pública debería ser la iglesia que todos nos empeñásemos en sos-

tener y corregir. En altar de templo tan humano debieran derramarse las liberalidades humanas.

Es decir, joven, exclamó el Exdómine al ver cómo según tal criterio se le escaparían las limosnas de la Parroquia para irse á las juntas de educación. Es decir que para Vd. sólo debe trabajarse para acá; ¿y el más allá donde ahorita nos veremos los mortales por toda la eternidad, lo abandonamos? La vida es tan corta que sólo cuando pensamos en ella la sentimos correr.

Manuel, con la petulancia de su reciente bachillerato, muy pagado de su escaso saber, contestó irónicamente:

—¡El más allá ...? y se rió. El más allá á que los hombres deben aspirar es al de la perfección.

—¡Y que todas van por ese camino que vuelan!

—Sí, señor, dichosamente es esa una ley de la naturaleza, y pese á los clérigos, sin sus ritos marchamos siempre adelante.

—Por eso tantos pueblos caen y se quedan agonizando en el polvo de sus opulencias.

—Pero su obra no ha sido vana, lo que ellos han producido otros pueblos y otras generaciones lo han aprovechado como sillares labrados para la gran construcción del saber humano. Otra cosa: el progreso no es una ola que sólo sube, también baja: ondea. De otra manera no podrá explicarse el atavismo.

Entonces el de cogulla sí que se puso á reír de buena gana, por lo que su controversista disgustado, le soltó una grosería :

—En fin, señor de hábito, nosotros disentimos. Hoy se sabe más que antaño; la ciencia no anda tan despacio como creen. Ud. es ya arcaico y yo moderno.

—Mocito, ¿con que soy arcaico; recuerda Ud. quién le puso las bases de su saber?

—¡Que bastante mal me han hecho! exclamó el joven.

Ya *ña* Ramona pedía con los ojos que se pusiera término á la discusión. Goyo se había dormido sobre el respaldo de su taburete. Los otros bostezaban. Levantóse la cena con gran contento de todos....y cada mochuelo á su olivo. *Ñor* Pantaleón entendió poco de lo que se había hablado, mas por eso mismo admiraba con su mujer el ingenio colosal de su hijo. Aunque á decir verdad, si hubiera entendido, seguro que su modo de pensar hubiera estado acorde con el del misacantano. Los presentes extraños á la casa, se cosieron los labios por ignorancia unos y consideración al señor de casulla otros.

El Plébano, para ahogar santamente su rabia, bendijo interiormente, desde el umbral de la puerta, á los circustantes y recogiéndose las talares vestiduras salió exclamando:

—¡Pobres almas, se pierden, se pierden!

VIII

Espléndida la luna, como acicalado medallón de plata, surgía de los cúmulos argentonsos, circuída de un nimbo irisado, reflejando su romántico fulgor en la inmensa bóveda celeste. Los millares de ojillos titilando sus luces aumentaban la claridad que se difundía en el firmamento.

El vetusto caserón quedó sumido en el mutismo de la noche, ese silencio que encierra la íntima tristeza de los recuerdos de otra edad.

En el campo solo se oía el melancólico grito del *cuyeo*, pájaro cuyo nombre se formó imitando el ritmo de su voz; y se escuchaba el lúgubre zumbido del viento frío batiendo el tronconaje, musitando en las frondas y colándose retozón en la umbría. Allá, lejos, comenzaba leve bulla como de discreteo rumoroso; crecía el ruido; y al pasar el viento por el boscaje columpiaba calmosamente las vestidas ramas que crugían lastimeras; arrastraba las alfombras de tostadas hojas y palitroques haciéndolas subir en vórtice, á veces, arriba de las copas más encumbradas, ó arremolinándolas por el suelo con ruído de hojarasca; y por último decreciendo su furia, se retiraba para co-

menzar de nuevo su monótona cadencia. Cuando las ramas eran sacudidas reciamente, alguna fruta, insegura en su pedúnculo, se desprendía desde el palacio aéreo que le brindara naturaleza, y al rebotar en el duro suelo, el sonido extremecía el cuerpo de algún nervioso que esperaba tras el golpe oír la voz de un *hermano*; y ya no se atrevía ni á mirar las *candelillas* que vagabundas discurrían entre los arbustos cruzándose como fosfóricas exhalaciones.

Manuel y Mercedes velaban, sentados en un tronco del patio; el cual tronco estaba destinado á dar pábulo á las llamas una vez que Goyo lo desastillase con su hacha. Los muchachos sentíanse sobrecogidos de admiración contemplando tanta belleza de la noche. ¡Con qué fruición hubieran abrazado al cielo con la luna y sus estrellas, mientras sentían las caricias de la brisa.

Una onda de aire les trajo el eco lastimero y prolongado del aullido de un mastín, después el de otro, y muy pronto, el de todos los canes que había en una legua á la redonda.

Entre las espirales de polvo del camino que el viento levantaba, al golpe de las ruedas en los guijarros interpuestos en los carriles, avanzaba un tren de carretillos que volvían descargados después de haber hecho la entrega del café en el beneficio del yanqui Mr. Smith, un práctico beneficiador. Los tardíos pero incansables bueyes tiraban pesadamente de los

carros, guiándose por los *cangilones* é impávidos ante los gritos de los boyeros.

El ruído del traqueteo se acercaba, y al pasar el convoy por frente al viejo caserón, aumentó su intensidad, la cual fue muriendo hasta perderse con los gritos de los carreteros, en las vueltas del camino.

Interrumpida la calma un instante por el traginar del trabajo, restablecióse el silencio nocturnal. El viento resoplaba furioso, como si fuera impulsado por enormes mejillas abohetadas.

Manuel exclamó:

—¡Qué linda noche, qué lindo el campo; qué feliz soy! La dicha que experimento al respirar en esta atmósfera, al verme junto á tí en mi hogar, francamente, Mercedes, nunca la había gozado. Tengo el pensamiento, todo mi sér, lejos de lo pequeño. ¡Si vieras qué dulce laxitud me embarga!

—¡Qué dicha: así me siento yo! Y me alegra que no eches de menos á San José. Díjole su hermana con aquella voz que era para Manuel como una caricia en el corazón; y todavía agregó: En estos instantes desea úna dar gracias á Dios porque se ama la existencia.

—Cierto, también hay que agradecerlo á nuestros viejecitos, que nos han educado de manera que podamós sentir como sentimos, gozar como gozamos. Y cambiando Manuel de tono, preguntó:

—¿Estás contenta de que hayamos decidido el viaje á la Capital?

—Ya lo creo. Me parece que iré á divertirme mucho y á saber más. Y en la expresión que dio Mercedes á esta frase, notábase el fuego de la mujer curiosa, ávida de goces.

Manuel, entonces, á grandes rasgos describió *la ciudad de los parquecitos*, como llamó Pío Víquez, á San José.

Presintiendo el joven la pronta arribada de sus condiscípulos invitados, no escatimó consejos á Mercedes, de cómo deberían recibirlos ella y sus padres. Conociendo los caracteres de sus próximos huéspedes, pensó en su hermana, y se preocupó.

Levantóse Manuel de su rústico asiento; cogió por el brazo á su compañera, y pusiéronse á pasear en el patio, mirando el cinturón de Job, los ojitos de Santa Lucía clavados en un brazo de la A, las siete cabritas, la clara luna que parecía un *guacalito* de plata cuando la cubría la mitad algún negro nubarrón; y tántos brillantes como recamaban la túnica gris azulada en que el cielo se envolvía. La conversación era ahora animadísima como reposada fue al principio. Mucho, mucho tenía que contar Manuel á su hermana: aventuras de colegio en las cuales Julio Ruiz representó gran papel y que hicieron reír á Mercedes; y otras cosas.....

Por último, el sueño apoderóse de ellos y como quedaban aún muchas noches con su corte de constelaciones que invitasen á admirarlas, se retiraron á sus dormitorios.

Al día siguiente, á eso de las dos, aparecieron en un ribazo de la calle real, tres caballeros de buena traza en sendas bestias de alquiler, trashijadas y amarillas de polvo hasta los corvejones.

Unos jornaleros de los de las *repelas*, uno tras otro enfilados, marchando al paso, con sus aperos de labranza y chaqueta al hombro, buscando los herbáceos lomos del camino para poner la planta, encontráronse con los caballeros; éstos espolearon las cansadas caballerías y arrendaron hacia los peones á quienes detuvieron para preguntarles si conocían á *ñor* Pantaleón Velar, y caso de conocerlo, si estaría aún lejos el pueblo de su residencia.

Los jornaleros se hablaron por lo bajo, y luégo el más desparpajado contestó:

— Sigan Vds. el camino *derechitico*, sin cruzar. Pasan el *ríu* del Loro y en la primera callecilla cogen *pa* la derecha. Por allí preguntan y les darán razón: está *cerquitica*.

—Gracias. ¿Y tendremos que andar mucho todavía?

—Pos.... nó, ya le digo: allí no *masitico*—es.

Con un nuevo, "gracias, y adiós amigos" los viajeros reemprendieron su marcha. Los jornaleros contestaron con un cantadito: "adiós señores" y también continuaron su camino.

Como era tan transitada la carretera, estaba el suelo removido; un polvo caliginoso se arremolinaba en volantes pol-

veredas y amarilleaba los *güitites*, *poróes* y los espinosos *piñuelares* de hojas largas y acanaladas. A la vera de las cercas bañadas de polvo, se criaban el zacate y la flor de santalucía moradilla y perfumada. En todo el trayecto no se habían encontrado un solo campo yermo. Por do quiera el verde daba la nota del color: riciales de esmeralda, cañadulzales amarillosos, ya en sazón, cuadros de frijoles cercados compactamente hacia abajo para evitar que las gallinas y sus crías se colaran. En una tranquera, medio á medio del último travesaño, cantaba un gallo, mientras al pie de una de las agujas, un becerrito pacía; en frente, en los matorrales sembrados adrede para deslindar, las *cazadorcillas* y los *comemaíces* metían ruído como de culebra arrastrándose entre las hojas secas.

Las gentes que pasaban no lo hacían sin saludar á los viajeros:

—Adiós señoor... ..Y algunos se tocaban el ala del sombrero.

Los paisajes eran pintorescos: montes y colinas; ríos pedregosos como sierpes de plata restregando sus escamas en las riberas arenosas. A la orilla del camino, una cinta de agua se deslizaba en el fondo morrilloso de un zanjón, cuyas márgenes vestían de verde, ataviadas de florecillas muy visitadas por tumulto de mariposas y por caballitos del diablo. Encima del zanjón, de la fila de arbustos nacidos en la linde de unas tierras cultivadas, pendían la *barba de viejo* y la

pudreoreja, campánula silvestre de cáliz azulado, que hacían de festones naturales. De cuando en cuando una mata de pastora lucía su florescencia roja como estrellas de sangre.

Trotando, llegaron los ginetes á la quebrada que un cuarto de hora antes les habían indicado; la vadearon, no había puente; y atajaron á la derecha por la vereda, separándose del camino carretero. Al poco rato, semi-oculto entre la arboleda, divisaron el tejado de una casa á la cual endilgaron los pasos.

Una zangarilleja de lustrosísima cabellera oscura, con un peine desdentado, se apostó en el umbral de su destartalada cabaña, para curiosear quiénes pasaban.

—¿ Está *largo*, Bejuco? le preguntaron.

—No, contestó la mujer; allí no masitico.

—¡ Caramba ! exclamó uno de los muchachos; todo aquel á quien hemos preguntada hoy, por el tiempo que nos resta para llegar al pueblo, nos ha salido con: "allí no masitico" y mata uno las horas y nunca llega el "masitico." Todos rieron del refunfuñón, dando por sentado que ahora sí era probable que no debían de estar lejos.

Efectivamente, la cabalgada, que al principio había encontrado muy dispersas las viviendas, se percibió con gran contento de que el número de casas, crecía, acordonándose en los costados del camino. De pronto desembocó el grupo de

estudiantes, en la plaza de la Villa, que era la de la Iglesia también.

Cerca, dieron con una *taquilla*, donde se tomaron unas cervezas y al mismo tiempo pidieron indicaciones para dar con la casa de *ñor* Pantaleón.

Salió á la calle el taquillero, y acompañadas de muchos gestos y movimientos de brazos, dio las señas que se le pedían. Satisfechos los cabalgantes, hincaron la espuela en los hijares de las bestias y salieron al paso picado. A unas mil varas escasas de la iglesia, tropezaron con un viejo caserón de ventanas voladas, con rejas de madera. A pesar de lo antiguo, el edificio se conservaba en pie, mirando al levante. Las piezas interiores, algo derruídas, extendíanse á la zaga como buscando apoyo en los monstruosos higuerones y en los eucaliptos tísicos. Al frente había cultivado sin gusto, un jardín. La fachada tenía una solana que iba hasta el costado derecho por donde se hacía todo el servicio de la casa. El jardín estaba cerrado con alambre de púas por el lado de la calle.

Dos *zaguates* y un falderillo anunciaron á los huéspedes, con salvas de ladridos.

En el acto se le puso á Manuel que tenía á sus queridos convidados en la tranca del corralón y salió como un dardo disparado á recibirlos. Él mismo los condujo á un cobertizo donde ordeñaban las vacas; y allí ataron las bestias junto á las canoas, en los horcones que sostenían el tejado. Un peón las desensilló.

Sacudiéndose las polainas y limpiándose el sudor, los ya conocidos Carlos Gómez, Luis Aldón y Julio Ruiz, entraron en la salita enladrillada, contando de lo bonito que era el camino y lo aburrido y triste que estaba San José, por que las gentes se habían marchado á veranear.

Manuel los dejó solos unos instantes y luégo volvió con toda su familia para presentarla á sus camaradas. Apenas hecha la ceremonia, sin esperar nada, los de la casa se retiraron. *Ña* Ramona y Goyo estuvieron asomándose por el resquicio del marco de la puerta y la hoja, curioseando sin ser vistos. Mercedes, que fue la única que esperó unos minutos, salió en pos de su madre para traer á las visitas unos refrescos de naranja que Manuel les había mandado preparar.

Aun no había escapado tras la puerta la falda de la jóven, cuando Manuel fue acometido á preguntas, y oyó los comentarios que sobre su hermana hacían los muchachos.

—Simpáticos me han parecido tus papás; y tu hermana, no se diga. ¡ Carambola! si no parece tuya, es muy linda ! Así habló Carlos Gómez con su habitual fineza, cumplimentando á su amigo.

—¡ Oh sí; lindísima ! Dijo Aldón, y Ruiz agregó :

—Sólo Goyo, hablándote con franqueza, nos parece un *cuilmas*.

—Mal comenzamos, repuso Velar, llevándolo todo á broma.

—Ni por un momento imaginé, añadió

Julio, que niña semejante fuese tu hermana. Eres tan feo!...¿ verdad? ....¡Pero, ella ha vivido en San José?

—Nó, contestó Manuel. Vivió un año y medio en Alajuela, mientras yo estuve allí. De paso, apenas, conoce Heredia y Esparta.

—Pues cualquiera creería que es josefina.

—Mal continúa la cosa, repitió Manuel sonriendo satisfecho y agradecido, como si las flores prendidas á la belleza de su hermana fueran para él.

Los tres huéspedes, sin comprender la impresión de Manuel, se miraron sorprendidos, creyendo que sus cumplimientos no caían bien.

— ¿ Mal ? ignoro por qué, dijo Aldón interpretando de este modo á sus compañeros.

— ¿ Qué habré de decirles ? Nada; nada porque la quiero y....soy su hermano.

—Ah ! ! exclamaron los recién llegados; eso cambia.

—Les agradezco mucho tanto cumplido; pero dejémonos de etiquetas. Eso, entre nosotros, no debe existir, dijo Manuel cambiando de tono. Creo que tres días no han desterrado el tú.

En este momento, como la escanciadora del néctar en la sétima esfera, apareció Mercedes trayendo en una bandeja negra tres vasos y una jícara con refrescos de naranja.

Al verla, los muchachos la colmaron de galanteos.

—Manuel, dijo Aldón, tienes en tu casa una flor aromosa que habla y ríe.

—La flor del café de Costa Rica, añadió Gómez.

—La flor preciada entre las bellas flores, agregó Ruiz. Y á su vez Manuel hizo su frase:

—La flor de mi corazón. ¿ No es verdad que sí, Mercedes ?

La niña, temblando débilmente, sin poder ya con la bandeja y los vasos, miró á su hermano y se puso roja como un capullo de amapola.

Manuel sirvió los refrescos, dejándose él para sí la jícara. Mercedes, animándose y sin levantar los ojos de la negra bandeja, dijo graciosamente:

—Traigo esta jícara, pero no porque no haya en casa más vasos, sino por complacer á Manuel que encuentra en ella sabor más agradable á las bebidas.

—¡ Cómo se ve que te distingue! dijéronle á Velar los amigos. Después, Carlos, volviéndose á Mercedes, dijo:

—Ningún cuidado por eso, señorita. Mientras haya servidoras como Ud., no digo sabroso refresco en vasos esmaltados de oro, sino veneno en ordinaria vasija bebería yo, por fijarme en la cara de ángel que lo sirve.

La muchacha, acongojada, se puso como una *chira* de vergüenza, turbada á fuerza de requiebros. Permanecía de pie en frente de los jóvenes, siempre encen-

dido el cutis y en silencio, semejando una estatua del pudor. Manuel, interiormente complacido, no trataba de sacarla del apuro en que su poca ó ninguna sociabilidad la tenía.

—Esto es de hoy; mañana de seguro ya no tendrá pena á estos locos bromistas, y dentro de unos días podrán apreciar mis amigos el talento de mi hermana. Esto pensaba Manuel no perdiendo ningún detalle de la escena.

Cuando se tomaron las naranjadas, Mercedes, corrida, ofreció más, sin que le aceptaran. Recogió lentamente los vasos y se marchó, al principio despacio; después, sintiendo frío en las piernas y en las espaldas, apenadísima, salió volando de la sala.

IX

PARECÍA á ojos no observadores como que estuviese concluída. Cierto que las paredes de piedra, limpias de revoque, resistían un techo provisional, hacía cosa de nueve años ó más. Pero no correspondía á tan macizos muros, á tan elegante pórtico de jambas en forma de medias columnas, á un dintel de mármol, un pésimo tejado de zinc carcomido. ¿Se quedaría el templo *ad æternam* con la

techumbre de ogaño? No, señor, los cristianos bejuqueños no lo permitirían por más tiempo. El bueno del señor Cura había dado los pasos necesarios á fin de conseguir la venia del Ejecutivo para celebrar un turno (1) cada primer domingo de mes.

La inauguración de estas ferias de sacristía, iba á estar, seguramente, concurridísima, pues desde el púlpito llovían exhortaciones á los obedientes bejuqueños, para que no escatimasen su óbolo ni su presencia.

Se efectuarían los turnos en una especie de galera armada por los albañiles el día en que reemprendieron los trabajos de reparación y conclusión de la iglesia; galera construída con el objeto de escapar á los ardientes rayos del sol, siempre que preparaban la mezcla, ó de asubiar cuando los aguaceros tan frecuentes en aquellas alturas, arreciaban.

Las comisionadas de la fiesta—porque generalmente lo eran mujeres, allí, como en San José—mandaban limpiar el local para emperegilarlo ellas mismas con tallos enteros de plátano y ramazón de *uruca*, dispuesta á modo de bambalinas de laurel. Tendían de blanco las mesas y las circumbalaban de cajones, bancas y taburetes.

---

(1)—Turno: llamamos *turno* á una feria donde se rifan diferentes objetos donados por los fieles para contribuír á un fin piadoso. En algunos autores españoles hemos hallado *tómbola* ....
(Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de C. Gagini)

Apercibido así el escenario del turno, desde la víspera, ya para el domingo quedaba poco trabajo : ordenar los juegos de naipes, preparar los cáñamos y distribuír entre las encargadas de las rifas, gallinas, pollos, guacales de huevos, *tamal* asado, cortes de zaraza (regalo de algún pulpero que no les encontró salida por ralas ó *veraguadas*). Se rifaban también, carretadas de leña, terneras, lechones, gallinas guisadas; piñas, toronjas, naranjas, anonas y limas; y enormes hojaldres de pan dulce, ornamentadas con florecitas de papel.

La misa de los domingos se celebraba á las nueve de la mañana; ya lo sabía todo el mundo en casa de *ñor* Pantaleón. A nadie se le perdonaba el descuido de no oírla; y los liberalones josefinos, enterados muy bien del régimen católico que se había impuesto la cristiana familia Velar, no se portaron descorteses, y amoldándose á la religiosa costumbre, asistieron al incruento sacrificio de la misa.

Pasadas las diez de la mañana, después de pronunciado el sermón de costumbre en el que se gritaba contra el alcoholismo, el juego y las mujeres, la gran puerta central del templo fue invadida por los fieles que salían lentamente al porche: los hombres, acinturándose la banda, metiéndose el pañuelo en el bolsillo del pantalón ó asegurándose el sombrero; todos ellos, campesinos adecentados con pantalones de dril ó jerga, según las fortunas; pocos gastaban chaqueta, los

más ostentaban la camisa azuleada, limpia no obstante las manchas terrosas de *leche* de plátano, que los restregones de la batea no lograron borrar; bajo la barba se anudaban un pañuelo blanco ó á cuadros de colores; sobre las cabezas se les veía desde el fino sombrero de pita, que también suelen llevarlo las campesinas, hasta el de paja, criolla, tejido por el *indio pacaqueño*, sombreros como parasoles que cubrían la rasurada nuca y la lustrosa greña resobada con tuétano de res. Enseguida salieron las mujeres luciendo camisa de gola con lentejuelas, mostrando sencillamente hasta el nacimiento de los senos, aunque muchas cuidaban de cubrirse el escote con una pañoleta. Había quienes vestían cotonas mal talladas que desgarbaban el cuerpo. El cabello lo llevaban suelto ó recogido en trenza; y las de edad, en *atado*. De las orejas les pendían zarcillos de plaqué. Los pies, como los de los hombres, iban desnudos; y algunas, que solían calzárselos en las festividades religiosas, andaban entonces como sobre cornijuelo.

Al salir las zagalas al atrio, los mozos que las esperaban, las decían á la pasadita: "lindas, *corrongas*!!" Las bañaban de ditirambos.

Después de la misa, al turno.

En la villa despertaron curiosidad los tres amigos de Manuel.

Luis Aldón, estudiando caracteres para sus cuentos y poniendo en juego su labia, relacionóse con *ña* Luciana, la que le pareció tipo digno de llevarse á la comedia ó

á la novela, razón por la cual no la abandonó. Por otro lado Julio Ruiz conversaba con Carlos Gómez.

—Dime, Carlos, no te parece Mercedes una real hembra ?

—Ya lo creo, contestó maliciosamente el interpelado.

—Hombre, te hablo formalmente.

—¡Esto si que está bueno! Pues en serio te digo que me gusta la hermana de Manuel... Bonita, vivaracha.

—...¡Con que te gusta?...

—¡Y esa admiración? Qué modo de preguntar...

—Es que á mí me encanta. Y Gómez soltó la risa al oír esta frase de Ruiz.

A Julio le encantó la niña desde el momento mismo en que se la presentaron; mas no lo quiso demostrar antes de haber escuchado la opinión de sus amigos: era hombre que se imponía gustos ajenos. De seguro, si Gómez le hubiera dicho: "es una cara vulgar, la de Mercedes; no es de mi gancho,, Julio, aun sintiendo otro parecer, hubiera concluído por sustentar la ajena opinión. Sobre él pesaba la superioridad talentosa de cualesquiera camaradas y sobre todo, la de Carlos, á quien quería y por quien experimentaba cierto respetillo. En vista de ésto, Julio fue halagado extremamente al oír el elogio que de Mercedes hizo Carlos.

El turno continuaba animadísimo. La gente se movía en todos sentidos en el estrecho campo del galerón, tras las rifas,

tras las muchachas, tras los juegos de envite. Mercedes pasó por enfrente de Carlos y Julio y les miró con amable sonrisa. Repentinamente le subió á Julio la sangre á la cara.

Gómez conocía á Ruiz, como que desde la niñez eran amigos, y le adivinaba sus tejes y manejes; pero esta vez, con andar hasta los colores en las mejillas, no coligió nada.

Aportaba el sacristán un platón de rosquetes y bizcochos, el cual rifaba por el sistema de bramantes. Acercóse á los jóvenes y les hizo comprar los últimos cordelillos. Allí mismo se ejecutó la rifa y Julio *sacó el nudo.* Con el sacristán fue á buscar á Mercedes para regalarle las golosinas. El pretexto para estar con ella el tiempo que duró la fiesta, le vino que ni pintiparado.

Amenizaban el acto, un ciego de luenga barba blanca, español de origen, que rascaba furiosamente las cuerdas de una guitarra; un mozo de los asiduos visitadores de las pulperías, que sonaba el acordeón; el violín tocábalo un muchacho que era un talento de músico, perdido en las remotidades de Bejuco.

En un rosario de gran vuelo, que años há se había cantado en la villa, el cura contrató unos músicos de sacristía entre los cuales figuraba como un portento, un violinista horror del divino arte. Chilló el violín desesperado en el coro, quizá por verse en tan profanas manos; alguna vez dejó oír una vibración lastimera como el

quejido angustioso de una virgencita, y éste fue el que conmovió al muchacho artista, que se enamoró del instrumento con delirio. Trascurrido tiempo, él mismo se construyó un imperfecto violín, que era con el que en la presente ocasión cerraba el famoso terceto.

La historia de este músico la refirió Mercedes á Julio mientras rifaban. Y Julio, para que tan interesante afición por el arte de Bethoven no se archivara en los anaqueles del olvido, la contó á Luis Aldón. La historia del violinista nadie la ignoraba en el pueblo.

La tarde ostentó oro y púrpura en el colorido de sus celajes. Palidecieron los tonos, y las sombras, medrosas primero, atrevidas después, desenvolvieron en el firmamento su negro palio.

Desertaba la gente del turno desde el medio día, y al entrar la noche no quedó nadie en el galerón.

A la orilla del camino, medio veladas por cercas de poró y cafetales, divisábanse las cabañas de los labriegos.

La chamarasca, quemándose en los hogares, iluminaba con rojiza claridad las ventanas y las puertas por donde el humo escapaba.

Dio *ña* Luciana orden de poner en resguardo lo que aún restaba de la feria y arrumbó á su domicilio acompañada de Manuel Velar y Luis Aldón, á quienes hacía lástimas del cansancio.

Á doscientas varas de la plazoleta de la iglesia se detuvo *ña* Luciana frente á

su casa. Allí se despidió Manuel de la señora, y casi obligado, Luis se quedó á cenar con ella. El todo de *ña* Luciana estribaba en que el pueblo se enterase de que era persona visitada por gentes de la Capital.

Manuel se marchó á su casa; y cuando llegó no encontró á nadie. Esperó, pues, pacientemente á los suyos.

La familia Velar, Carlos y Julio, cuando abandonaron el turno, antes de encaminarse á la morada, dieron un paseo por la población.

Ruiz logró adelantarse con Mercedes. Atrás, atrás en un grupo que caminaba tardíamente, Goyo, *ñor* Pantaleón, *ña* Ramona y Gómez, con quien traía el viejo Velar entusiasmada conversación sobre cultivo de café y caña de azúcar, andaban bien distraídos. Así pues, Julio no hallaría mejor oportunidad para su declaración amorosa y la aprovechó:

—Es Vd., Merceditas, muy inteligente y muy linda. La muchacha enrojeció, pero sin embargo, dijo:

—De veras?... Creía á Vd. de muy buen gusto.

—Y pienso que, sin jactancia de mi parte, no ha creído mal.

—Entonces,— preguntó tímidamente— porqué se burla de mí, llamándome inteligente y bonita?

—Le digo á Vd. la verdad. Haría Vd. feliz al hombre más rudo y descontentadizo. Cierta gracia, cierto modo suyo tan dulce, y esa mirada de fuego de

sus ojos tan negros, lo prueban. A mí, por naturaleza, me es muy difícil galantear á una mujer á quien le faltasen las gracias; si Vd. no tuviera tántas, á fe de caballero que no le hubiera cantado estas verdades. Mercedes, cuyo apasionado temperamento se había nutrido de lecturas románticas, sentíase halagada escuchando las frases que Julio le murmuraba.

—Yo juro que Vd. haría de mí el hombre más feliz, si me quisiese aun cuando sólo fuera una miserita.

Mercedes, por temperamento y por aquellas historias que de Julio le refiriera su hermano, simpatizaba con su pretendiente; y aunque algo cohibida por su poca sociabilidad, dijo:

—Cambiemos la conversación por otra más interesante.

—¡Ah! no es posible lo que Vd. me propone, porque para mí no hay otra cosa más interesante, ni de la cual me satisfaga más hablar, que de su personita.

—Muy extraño me parece que le llame la atención una mujer del campo, sin donosura, cuando hay tan lindas señoritas en San José.

—¡ Oh ! Yo no permito que Vd. se diga campesina con ese desdén. Cabalmente lo que Vd. tiene del campo, es el perfume, la lozanía y el atractivo de la salud que desborda, que á veces no podrán competir con la gentileza. Además, el amor es caprichoso. ¡ Quién pudiera enfrenarlo!

—Un hombre de razón talvez le pone riendas, dijo la joven.

—Lo que es yo no debo, según Vd., ser razonable? No, no lo soy; en amor jamás lo he sido. Y menos ya, por que la amo á Vd. y no entiendo más que de eso. Decídase, Mercedes, á ser mía, solo para mí. Deme una esperanza siquiera. Estas frases recibieron una entonación firme, un acento apasionado. Ella guardó silencio y al cabo dijo, no sin que las palabras de Julio la hubieran hecho honda impresión:

—Para prometerle algo, para darle una esperanza, he de pensarlo. Y diciendo esto, mascaba un ramillo de anís que arrancó al paso. Julio la vio arrojar lejos de sí el ramillo mordiscado y le preguntó:

—¿Pero es que el amor se piensa?

Ambos callaron, caminando siempre alejados de la familia. Mercedes, contemplando el cielo con la cabeza seriamente preocupada, parecía buscar en los lucientes puntos suspensivos de la infinita concavidad gris-azul, una contestación. Temblaba como una hermosa *colipato* cogida por una de sus brillantes alas verdes. Julio, con una varilla de bambú, se golpeaba acompasadamente la punta de los zapatos. Así arribaron al casucón de los Velar donde Manuel esperaba hacía rato á su parentela. Al llegar cerca del corral, Julio Ruiz débilmente preguntó á Mercedes:

—¿Al fin...?

Mercedes, sin apresurarse, desanudó el pañolón, que traía anudado en la cintura, y volviéndose á Julio, que muy de cerca

la seguía, díjole resueltamente, ya atravesando el corral:

—Puedo prometerle algo; y se metió corriendo en las interioridades de la casa.

Manuel esperaba recostado en una aguja de la segunda tranquera, desde donde á la escasa luz de las estrellas abarcó el grupo de su hermana y Julio, y el de las otras personas de su casta, que ya entraban en la primera tranca.

Mercedes pasó al lado de Manuel sin hablar nada, cuando por cariño tenía siempre para su hermano una monería. Lo que causó extrañeza á Manuel; y Carlos, que ya se les había unido, oyó casualmente la respuesta que dio Mercedes á Julio. Por lo que cuando Julio pasó cerca de Carlos, éste le detuvo, sacó su caja de fósforos, encendió uno con el cual iluminó rápidamente la faz de Julio, y exclamó:

—¡¡ Ajáa!! y sonrió con su característica sonrisa.

X

PARA mostrarse liberal batió ella misma dos panecillos de cacao nicaragua-no, en una jícara labrada en Puntarenas, y vació la espumante theobroma de irisa-das burbujas, en un jarro blanco á rayas moradas en el borde; rebosó el chocolate y las burbujillas reventaban unas tras otras como diminutas pompas de jabón. Des-pués sacó de una alacena, pan, tortilla de queso y bizcochos. Lista la mesa, y mientras Luis despachaba lo que se le ha-bía servido, no tenía *ña* Luciana la lengua. Y de otro modo no podía ser puesto que el joven la acosaba á pregun-tas, proporcionando así ocasión, á la pico-tera mujer, de que abriese la espita de su chismografía. Daba fe y razón la señora, de qué modo vivían tales personas, lo que hacían cuáles, qué tipo era el Cura, el Po-lítico, la Maestra, en fin, de cuanto se qui-siera averiguar ella tenía un cabito.

Supo Luis que la Maestra era beata y alegrecilla; que en el pueblo nunca habían tenido médico de universidad, sino un *cu-randero*, el viejo del *Charral*, que hasta

últimamente no había obtenido patente de botiquín y ejercía á sus anchas; y que también la madre de su amigo Velar, era, según expresión original de la señora Luciana, *médica natural* estupenda.

—¿Cómo, médica natural? interrogó Luis.

—*Pos* quiero *icirle*, de esas personas que nacen ya *pa* lo que han de servir.

—Yá... personas de vocación, dice Vd?

—Sí, don Luisito. Aquí en el pueblo la tenemos fe, y mucha. Supóngase: ella me curó la semana pasada al más pequeño de mis dos *chacalines*. ¡Ah, si es *manífica*! Y que no es cara; cobra menos que los *dautores*, que sólo matar gente saben. Bueno, y yo no los maldigo, pues comprendo muy bien por qué no saben.

—¿Y eso?

—Porque ellos, pa tener títulos, han *teníu* que salir del pais, á leer allá *abajo* en los libros de los *machos*; *en* después, mientras llegan aquí, todito lo olvidan, y tienen entonces que repasar; se atarantan con tanto estudio, y por último le meten á úna venenos, realmente sin culpa.

Haciéndose trabajosamente el serio, sacó Aldón su cartera para añadir las notas del momento, y con amabilidad instó á *ña* Luciana para que continuase su interrumpida relación.

—Como *l'ibaiciendo*, los dautores olvidan lo que aprendieron, mientras que los médicos naturales, como hechos por Dios, curan por su divina mano eficazmente.

Disimulando siempre la hilaridad, el muchacho ponía mucha atención.

Cuando se decidió á hacer su paseo de vacaciones, se guardó un cuadernito en el cual anotaba lo que de importancia le parecía de las escenas diarias de la vida en Bejuco.

Dando oficio á la lengua *ña* Luciana, y apuntando Luis sus observaciones, una y otro se movían en sus propios elementos, olvidados de que la noche tendía lentamente sus lobregueses.

Ña Luciana, ¿y no es Vd. médica natural?

—No, ojalá lo *juera.* Aquí en el pueblo sólo la madre de Manuel y el viejillo del barrio del Charral, que cura como con la mano. Bueno, á *ñor* Fulgencio.... Vd. hubiera estao....

—Vamos, cuente eso. Y la mujer contó lo que sigue:

En Atenas *ñor* Fulgencio enfermó terriblemente del estómago; el mal era una especie de cólico contínuo de dolor agudo. Llamáronse de San José algunos de los notables doctores en medicina y ninguno daba con un santo remedio. Desahuciáronle; y por no dejar de hacerle algo, aplicaron al egroto inútiles paliativos. Y el hombre, retorciéndose, gritaba como un condenado de dolor de estómago. Un amigo de la casa se comprometió á traer á un curandero bien conocido. La apenada familia, á merced de las buenas almas que deseaban el consuelo de ella, asintió á cuanto se le dijo, máxime cuan-

do el enfermo estaba al partir del mundo. ¡Había que hacer lo humanamente posible por salvar al enfermo! El amigo ese, de quien hablo, abequitó y después de una corta ausencia, volvió con el viejo del Charral.

Llegó el empírico dándose importancia y diciendo que si moría el enfermo á él no le culpasen, pues cuando él ya no acertaba á curar, ni aun Dios lo podía.

El curandero auscultó al enfermo con la seriedad del caso, y se expresó así:

—La dolama de *estógamo* es por una tripa *torcía*. Mientras no se estuerza, sólo tatica Dios podrá *salvalo*. Pero pa mí es fácil la cura: no sé cómo no han *dao* con ella los *dautores*.

Después, con un gesto de autoridad, mandó:

—Tráiganme un *diez* de *picacuana* pa que arqué y se le limpie el tubo tráqueo.

Lúego, sobándose la enmarañada barba y tocando las bisuntas cuentas de un rosario que le salía por la camiseta sucia y sin botones, que dejaba ver el hirsuto pecho, y con aire sumiso, haciéndose como un abdal, dijo:

—Le daremos una bala rasa de *juminante*, que al peso, y como la telilla del tripaje es resbaladiza, *arrempuje* lo *torcíu* y deshaga el *ñudo*. *Entuavía* no sería malo *arrempujale* la bala con un *veinte* de castor y darle un *sobao* de enjundia de gallina en tuitica la panza.

Tal cual, fue cumplido en la casa cuanto se ordenó, con más precisión y empeño

que si un famoso médico lo hubiera impuesto como tratamiento. Es común, más bien, que el régimen facultativo se vea con indiferencia; y si empeora ó muere el enfermo, al médico hacen responsable; achaques que no padecen los empíricos á quienes el pueblo respeta, aunque sean su peor enemigo.

Minutos más tarde, el viejo del Charral guindó al enfermo por los pies, de una solera del aposento. Le hicieron efecto al enfermo por los respectivos conductos, vomitivo y purgante.

Aquí llegaba *ña* Luciana de esta su historia, cuando Luis reventó en carcajadas. *Ña* Luciana terminó así:

—Pus pa no cansale con el cuento, que hay me tiene Ud. *parriba* y *pabajo* á *ñor* Fulgencio, tan *juerte* como antes.

Continuaron platicando y cuando ya tomaba la conversación sobre la *curandería*, vuelos de nunca acabar, entró Manuel de puntillas y cosidos los labios, acercóse á Luis, y de pronto le dice:

—¡Siempre el mismo, tomando sabe Dios qué datos para armazón de tu libro.

Aldón que lo oye, y zambuca sus notas en el bolsillo, quedándose muy campante, en tanto que Manuel seguía:

—¿Cuándo leeremos esa novela? ¿Y se llamará...cómo era...? ¡Ah, ya sé! "Costumbres de Costa-Rica" (Exposición de notas adlitteram, recolectadas por su autor.)

Hablando Manuel, no mistaba Luis: ponía gran atención, pensando para su

sayo que todo eso era material de su novela. Velar, terminando la broma, dijo:

—Aparte tu amor á las letras, venía á decirte que hemos concertado para mañana una cacería, en el Desmonte, á pocas leguas de aquí. Es un lugar pintoresco; hay una lagunilla rodeada de árboles muy hermosos, en los cuales se acogen al oscurecer ó duermen la siesta, las *collarejas*, los currées y muchos otros pájaros. No sabes lo que te vas á divertir.

—No lo dudo.

—Si te decides, alístate esta misma noche.

—¿ Qué alistamos ?

—Vamos á casa para ver. No lo pienses tanto.

Aldón, que desde que llegara á Bejuco conoció que era ésta una zaferia, rico filón para sus cuadros de *género*, optaba por no ir; rodeó hábilmente la respuesta y se negó á asistir á la gira proyectada. Hablando siempre sobre el mismo asunto, los dos amigos retiráronse de casa de *ña* Luciana, prometiéndola Luis otras visitas.

Al otro día, al asomar el sol en el oriente su rosada gloria, sorprendió á los muchachos aperando sus cabalgaduras: apretaban cinchas, componían barbadas, acortaban las aciones, la gurupera, para que no fuera la bestia á *baticolearse*, y ponían á la grupa las alforjas. Manuel apareció trayendo las armas; dio á Carlos la escopeta de *ñor* Pantaleón, á Ruiz la de Goyo, y él con aire campechano se terció

á espaldas la suya, sistema Lafouche. Llevaban también *rialeras* como espadines de cruzado. *Ña* Ramona les endilgó sermón para que le rezaran al Todo Poderoso y se aplicaran los remedios que les había refundido en las alforjas. Sin más, los jóvenes tomaron el camino del Desmonte.

Luis se salió con la suya: se quedó en Bejuco y se hizo de muchos conocidos que sabían ponerle en la oreja cuanto á él se le antojaba. Visitó los beneficios de café, los trapiches; continuó sus relaciones con *ña* Luciana, quien le contó la desgracia de Rosita, la hija de una lavandera de Bejuco, y se prometió escribir ese dramita. Hizo amistad con el Cura, el Jefe Político y el Curandero del Charral ¡por que tenía un dón de gentes...! El pueblo de Bejuco fue registrado en todos sus fogones, tabancos y escondrijos, por la mirada observadora de Luis. Las costumbres del lugar salieron á flote como espuma que se recogiera para un análisis.

Á Mercedes hizo mella la separación de Julio, pero tuvo cuidado de no dejarlo traslucir. Hubiérase creído que sólo su hermano la preocupaba; mas á la verdad, el corazón de Mercedes sentía el cosquilleo agradable y congojoso de una pasión, que, como se la diese pábulo, amagaba incendiarle el pecho. El excepcional cariño que Mercedes demostró á su hermano tomó otro carácter y pareció menguar. La juventud y el temperamento de la ni-

ña, desbordaban la necesidad natural del amor.

Mercedes, pues, creyó que su felicidad se cifraba en adorar á su hermano; pero muy pronto el hervor potente de su savia juvenil, no aplacado, la hizo poner los ojos y toda su alma en Julio que tan dulcemente la murmuraba de amores.

Prendió la pasión el seno de la linda Mercedes cuando vio á Manuel, mientras llegaba el ideal convertido en realidad. Eso muy bien lo comprendía Velar; pero no era Julio el partido que deseaba para su hermana. Cabalmente porque le conocía mucho, había aconsejado la noche de la cena á Mercedes, procurando predisponerla contra Ruiz. Pero se equivocó; lo único que consiguió con tanto hablar de Julio, fue despertar interés no sin mezcla de simpatía por aquel mancebo tan picaronazo.

No era que Manuel completamente desdeñase á Julio, sino que de sus tres amigos, hubiera preferido que Carlos ó Luis se acercasen á su hermana.

La cacería pasó con gran contento de Julio, pésimo tirador en el monte, cazador astuto del sexo que trastorna. Para Carlos, la cacería se largó á pesar suyo. Su placer fue tanto que creyó que los días se habían atropellado unos á otros, para seguir el torbellino del tiempo.

Era una vida sabrosa la de la montaña. En la noche, un tinglado mal cubierto, alzado en una nava del bosque, batido por el huracán furioso que rugiendo sus ron-

cos resoplidos en las serranías doblaba las frondas. ¡Qué agradables sus quejidos nemorosos! Una guirnalda de hogueras donde crugía la chamarasca y caprichea-ban las lenguas de fuego, daba al tinglado, de lejos, el aspecto de un castillo mágico cuyos torreones y almenas cambiaban sus alturas y formas á merced del viento. Los perros, arrodajados en el suelo, acurrucados unos contra otros, parecían enroscada sierpe de tres cabezas. Al amanecer, las cenizas y los palitroques aparecían desparramados en el suelo.

Allá sobre las cumbres de los montes y al borde de los precipicios, cerníase un tul blanquísimo de tumultuosas nubes que descendian á *beber agua*. Los loros y los pericos gritaban; en la concavidad del río abovedado por el ramaje tupido, como á través de una nave inmensa, cruzaba el *toledo* silbando sonoro su nombre. Los congos *pedían agua*, y las ardillas, ariscas y ligeras, resbalaban á lo largo de las ramas. Después... ponerse úno á la pampa á ser acariciado por el viento fresquísimo de las cimas: sentir que los pulmones se llenan de aire y experimentar la plenitud del goce que da una bella acción; sentir los cabellos azotados y revueltos, ¡qué placer! Item las emociones producidas por las sorpresas de la caza, de la caza abundante, en medio de las maravillas de las montañas americanas.

Volvieron los improvisados cazadores á Bejuco; retorno que á Julio vino muy á pelo por que deseaba ver á su Mercedes.

A pesar de lo bien que estaban atendidos los jóvenes, fue necesario poner fin á la temporada, para no fastidiar á la familia de Manuel.

Tres días después del paseo al Desmonte, entre apretones de manos y efusivas frases, los honorables bachilleres, huéspedes de Bejuco, Luis Aldón, Carlos Gómez y Julio Ruiz, partieron con rumbo á la Capital. Antes, por supuesto se despidieron de *ña* Luciana, persona bastante acreedora á las atenciones de Luis, pues le había hecho pasar ratos muy agradables.

Conforme trotaban en la carretera, dejando á la zaga, ranchos, cafetales, potreros, estacadas, cañadulzales, naguelas ó ruinosas tapias con cabelleras de *mozotes* ó *lechillas*, cual más cual menos narraba lindezas de la temporadita que habían hecho en la masada de los Velar, rica dehesa que hacía abrir mucho los ojos á los cultivadores cogolludos.

Carlos Gómez volvía completamente metido en carnes. Julio Ruiz no había ganado tanto como su amigo; mas qué le importaba, si aposentado en el alma tenía un amorcillo? Luis Aldón traía revuelta la cabeza, coordinando capítulos y tratando de engarzarlos con "hilo de oro", precisando diálogos sencillos y naturales, tejiendo castiza y artísticamente su célebre novela.

XI

Cual manifestaciones activas de respiraderos volcánicos nacidos de un día para otro en las faldas de la cordillera que ciñe la ciudad, se veían arrastrarse en ascendente impulso, por los cerros, de árboles forrados, y por peñas esquilmadas, espesas humaredas que se elevaban hasta confundirse con las nubes, dándoles un tinte requemado, opacando la riente luz y calcinando la atmósfera. Es que estamos en marzo, el mes de las *quemas*; y los labradores, recogida la cosecha, hacen la roza, incendiando los débiles tronquillos de las milpas, resecos por el sol.

Una mañana, la de un sábado de gran animación, Julio, acompañado de un inteligente salvadoreño, amigo suyo recién venido, se dirigió al mercado viejo con el intento de recrearse y de mostrar á su acompañante las gentes del país.

Lo primero que llamó la atención al salvadoreño fue el ruido que dos cuadras antes de llegar á la plaza se escuchaba; ruido tempestuoso de afán humano, que contrastaba con la tranquilidad del res-

to de la población. Dominaban voces ininteligibles, silbidos, y con intervalos, el estribillo singular de algún granuja metido á buhonero reclamando á la concurrencia para vender sus baratijas.

Es el mercado viejo enorme fábrica que consta de cuatro jastiales de poca elevación, achaflanado por anchas puertas suficientemente altas. Lateralmente tiene cuatro puertas menores, una por cada lado, que corresponden á entradas directas del edificio; paralelamente á los jastiales y sirviéndole éstos de fachadas, tiene un cañón de piezas á la calle, condicionadas para establecimientos comerciales, con comunicación al interior del mercado y con salidas á la calle.

En días de feria, los sábados, ahileradas carretas uncidas á aperezados y soñolientos bueyes, obstruyen el tránsito en las vías públicas que circundan el edificio.

Allí, en ese estadío cuadrado y sencillo, se desarrollan las escenas pacíficas de la lucha por la existencia, resolviéndose en el comercio. ¡El comercio, árbitro de contiendas internacionales, faro de esperanza para muchos apóstoles de la paz universal!

Dentro de la plaza un tumulto de precipitados bulle en los claustros y galerones. Entran y salen por las puertas anchas, mozos diligentes cargados de sacos, cajones, *tercios* de sal ó con el diario. Se cruzan en todas direcciones multitud de campesinos, descalzos los más, todos modestísimamente vestidos de chaqueta de

dril ó paño ordinario y pantalones cortos de estrechas perneras; campesinos de tez curtida por las inclemencias del viento, el sol y la tierra; algunos, de un porte casi gentil, son hermosos ejemplares de la raza; otros, de tosca contextura, recuerdan con su deforme fisonomía, la de algún cuadrúpedo ó pajarraco. El ingreso mayor de gente de los campos lo dan los barrios vecinos á la Capital; los que afluyen de lejanas poblaciones son pocos, asisten como á una fiesta y suelen pavonearse con su camisa de manta, con su faja de tejido flojo, coloreada de azul, amatista ó encarnada, muy coquetonamente ceñida á la cintura, con su traje dominguero impregnado del perfume de raíz de violeta y del eucalipto con los cuales dormía en el fondo del baul, esperando los días grandes para respirar aire puro y sentir el beso tibio de la luz.

—Tomemos como vistilla este poste; amparémonos á estos cajones, y esos otros serviránnos de baluarte contra el estrujamiento de la multitud revolviéndose en los intestinos del mercado.

Allá, cadena de mujeres arrellanadas en el suelo ó sobre algún lío de ropa, ofreciendo á los compradores—en especial á los chiquillos—*melcochas de trapiche*; acá, abundantes montones de frutas y legumbres; en escaparates y armatostes al efecto, zapatos de provincia; en improvisado obrador, las modistillas venden ropa hecha para mujeres: fustanes con caballito, camisas de gola con lentejuelas, fal-

das, cotonas, camisones. En el galerón central están los cereales y los acervos de papas de Cartago; y en el último, el dulce, pura flor, que los compradores rayan con la uña para probar la consistencia.

¡ Las ventas de dulce, Dios mío! eso sí que parece enjambre haciendo acopio de miel. Qué pedir rebaja, qué alegar, qué algazara: la humanidad himenóptera!

Allá viene una mujer luciendo camisa de gola adornada de blanquísimos encajes como espuma temblante sobre el seno apenas cubierto por un pañuelo á cuadros rosa echado sobre los hombros y cruzado en el pecho: las puntas del pañuelo enlázanse sobre las randas por un prendedor de plaqué: una mariposilla de ojitos azules. ¡Hermosa campesina, ejemplar completo de sus compañeras, alegría, elegancia y robustez de nuestros campos.

Recorre los puestos de las verduras y de las frutas, bañándolas al mismo tiempo con unas miradas que dan envidia atroz. Y busca las mejores entre ellas; mas á lo que parece, no para comprarlas, sino para probarlas en parangón, que, aunque se criaron juntitas, es ella, de las hijas del campo, la más rozagante y fresca.

—¡Vaya un contoneo más desparpajado el que trae aquella moza!

—¿ Otra campesina ?

—Nó, insultamos á las nobles hijas del pueblo. Fue campesina; hace mucho que ha borrado su procedencia. ¡Infeliz, era una locuela, una ambiciosilla! Vínose un

día á la Capital con una señora que veraneaba en su lugarucho y que necesitaba una niñera para su infante. ¡Pero tenía unos colores, un pelo, unos ojos, unos brazos, en fin, un cuerpo... ! Y el polizonte de la esquina, el individuo de banda, un subteniente, el señorito de la patrona....! ¡Cuántas bocas para hacerla á la postre comprender que era un tesoro de encantos que no debía encerrarse en casa!

Y viste regular: el rebozo, los perifollos....Quiere respirar aires de gran señora, y su presunción es el cencerro que la señala como ángel caído.

¡Lástima los parches de vivo carmín que ahora se le hacen necesarios en las mejillas!

Pasó.

Una señorita con su portamonedas al brazo, seguida de una sirviente.

—¿Qué le pasa, amigo? No extrañarse, ni sonreírse. ¡En el mercado toda una señorita haciendo de mayordoma! Costumbres patriarcales; la usanza del país, mujeres, mejor dicho señoras, que en el manejo de su casa se interesan por sí mismas; señoras de salón, y modelos de esposas. Y mire Vd., por supuesto sin espantarse por tan poca cosa, que eso sería ahogarse en un charco.

Enfile Vd. la vista por aquella estiva de racimos de plátanos y verá nada menos que las hijas del ministro....Yá? las distingue, señor mío? El traje, el tono, la cortesía que gastan con ciertos jóvenes,

se las señalan. Ellas no vienen á comprar nada, pero la costumbre las trae, como quien asiste al paseo. Vienen á lucir, por placer.

Por acá, qué jamona más guapa. Esa señora calza los puntos en su lugar, ocupa un gran puesto en los mejores círculos sociales.

Se acerca á nosotros.

—¿A cómo tiene los tomates, *ñor hombre*....? Ud., sí, Ud.; digo si es el dueño de esta venta.

—¿Qué se le ofrece, mi señora? pregunta el ventero rascándose la erizada pelambre.

—Pues, ¿los tomates....?

—A dos por *cinco*. Son muy grandes.

—Y muy caros. A ver, deme así, estos seis por un *diez*; y si nó, me voy porque ya son las nueve y media. Así hablando, la dama pesa en su mano unos zapallitos tiernos y le clava la uña rosada á un ayote por ver si aun está en agraz. El zangarrón del vendedor, muy picotero, después de pensarlo un poquillo, dice:

—Bueno, mi señora, llévelos. Yo por salir de esto, vendo barato. Créame no gano nada. Pero vale más dar gusto al marchante, que ganar.

—De veras; y la señora muy seria á la embajada del comerciante en menor, llama al sirviente que á corta distancia y con un cesto al brazo, la sigue:

—*Niñó*, á ver para poner esto en la canasta. Y después de colocar por propia mano la compra, continuó repasando

las ventas y discutiendo precios con las zabarcedas.

Aquel viejo de bufanda al cuello, que lleva alforjas á la espalda y zapatones amarillos de capellada abierta, es un gamonal, amigo entero de la iglesia y del negocio de frijoles, maíz y papas que tiene en diferentes puntos.

La exposición de las gentes del mercado tenía muy distraído al salvadoreño, que analizaba y se divertía, cuando Julio Ruiz le haló el saco y partió pronto, como un toro rompedor, abriendo brecha en la multitud, para alcanzar á ver bien si era Mercedes, una muchacha que con otras dos salía por el lado suroeste del edificio. Y precisamente por haber cogido la que Julio creyó Mercedes, ese rumbo, no pudo cerciorarse, de si era ella, por que lo que era él no pasaba por la "RIFA DE LOS POBRES" de temor á que las señoritas, quizá amigas suyas, ó si no conocidas, que se encargaban de la rifa, le fueran á pescar en momentos en que andaba en la *real quema.* Ya saldría de dudas más tarde.

Entre tanto la muchedumbre afluía al edificio, donde se agitaba una mescolanza de clases sociales, codeándose como si tal cosa.

Aquí, pollitas primorosas como botoncitos al abrirse, coqueteando con imberbes estudiantes; acá, muchachas casaderas poniendo en juego sus dengues para pescar algún mozo atrasadón; acullá, señoras casadas precedidas de algún sirviente con el cual hacen las compras de la semana.

Por este lado, pisaverdes; por el otro, mendigos y negociantes, hombres y prohombres; por allá, un diputado comiéndose un mango; más lejos, un policial desatando nudos y pacificando disturbios.

¡Cuánto tipo raro, qué de caras sin expresión, qué olores, qué bulla: el país entero luchando por el estómago!

¡Cuánto queso, cuántas moscas!

XII

HOLA, Ruiz, hasta que algún día se te volvió á ver la cara. Creí que habías desaparecido de la faz de la tierra!

—¡Hombre! me alegro de hallarte en tu casa. Temía....

—Pues lo que es yo, salgo poco; si no me has encontrado ha sido casualidad ó que no es cierto que hayas venido.

—¿Cómo no! Puedes preguntar á los de tu casa. Pero no hablemos más de ello; ya estoy aquí. Deja ese libro, ponte el saco y vámonos. La tarde está bonita y lo probable es que en el Parque de Morazán haya muchachas. En esto, incidentalmente, pasó por el corredor del jardín una hermana de Gómez, á quien Julio saludó con una cortesía reverencial, sin quitarse sin embargo del pequeño sofá

de felpa roja donde encontró confortable acomodo.

Carlos, lanzando una mirada hacia el abend encendido que reflejaba sus flamantes destellos en los cristales de las ventanas, exclamó:

—De veras que la tarde está de aprovecharla paseando; y se dirigió á la gaveta de una cómoda para sacar un cuello y un par de puños.

Julio, muy arrellanado en el sofacillo, jugando con su bastón de vuelta, dijo con aire distraído:

—Recibí carta de mi tío. Me dice que ahora no está en Wáshington, sino en Filadelfia.

—¿Y se quedará allí? preguntó Gómez poniendo los gemelos en los puños.

—No, vuelve á Wáshington. Talvez á fin de año me voy yo.

—¡Quién pudiera decir lo mismo! exclamó Carlos; y hubo un intervalo de silencio. De pronto se incorpora Julio en el sofá y con viveza, dijo:

—¡Ah! ¿Sabes? Esta mañana fui al mercado viejo con el salvadoreño que te presenté el otro día. ¿Y adivina á quién vi?

—¿A quién? . . . . No adivino.

—A Mercedes, dijo con alegre expresión; después preguntó: ¿La familia Velar estará en San José?

—Manuel... pasado mañana... *hará quince* (días) que vino. La familia . . . . ¡Uf! Hace como dos meses, talvez no tanto, que está aquí.

—¡Y no me habías dicho nada!

—¿Y cómo? si tú pareces un cartujo: no sales ya.

—Es por que estuve *picao*....

—¡Qué barbaro! Te va á llevar *candanga*.

Concluyendo de hacerse el lazo de la corbata, Carlos añadió socarronamente:

—¿Y sigues tan enamorado de Mercedes?

—¡Hombre, ya lo creo; es una real hembra! Pero no, no estoy tan enamorado, es que parece....

—Ah! y lo niegas ¿Para qué es eso, si aquí todo se sabe; y luégo, que yo á ti te adivino. Diciendo ésto, Carlos cogió su sombrero de fieltro de anchas alas, lo sacudió y se largó á la calle con su amigo para ir á pasear por la Avenida de las Damas.

Julio, al salir á la acera, dijo confidencialmente á Carlos, cogiéndole por el brazo:

—Para que veas que yo no tengo para ti secretos, te contaré: ¡me tiene medio loco esa mujer!

—¿Te piensas casar?

—Por de contado. Quiero muchísimo á Mercedes.

—Bien, pero tu familia....¿consiente?

—Yo vivo solo; soy mayor de edad, y...Lily no puede decir nada, es una chiquilla. Sólo mi hermana casada y mi cuñado; pero ya tendrán que consentir cuando la vean mi esposa.

Al llegar á la *Estatua* dieron de manos á boca con Manuel Velar que venía del lado sur de la población. Los tres muchachos se detuvieron para saludarse y cruzar cuatro frases. Julio fue el primero que habló:

—¡Hombre, cuándo llegastes, y la familia?

Manuel, con una sonrisa afable, contestó:

—Hace quince días que estoy en San José. La familia hace más tiempo que está aquí. Lo que sucede es, que como no preguntas por uno....

Ruiz se disculpó y recibió luégo las señas del domicilio de los Velar.

Carlos quería seguir para el Parque Nacional, y entonces Manuel aprovechó la coyuntura para despedirse, so pretexto de ocupaciones.

Ruiz y Gómez continuaron su paseo, prometiéndose, el primero, visitar cuanto antes á Mercedes; el segundo reanudó la conversación que traía con su compañero.

—¿Y cómo metes á tu novia en *sociedad*?

—Ahora no, pero más adelante, yo sabré!

—Me gusta que los humos sean juguete de tus caprichos.

La conversación sobre este tema se agotó, y vinieron otras, ligeras, cortas, indiferentes, hasta que comenzó á cerrar la noche.

En el término de la avenida, en la montaña de enfrente, se veía un fanal como un

astro amarillo brillante, enclavado como un ojo de luz fijo en la vía pública. A la pálida claridad de las estrellas se divisaban los negros perfiles de los montes, donde las fogatas de las *quemas* aparecían como infernales sierpes ondulando al trepar la falda, ó cual roja florecencia nocturna de las montañas.

Sobrexcitado pasó Julio todo el día siguiente, esperando con la impaciencia del enamorado, el momento de ir á visitar á Mercedes; y apenas llegó la tarde, una tarde tan soleada como la del día anterior, emperegilóse y fuese á satisfacer su deseo.

Llegado que hubo á casa de Mercedes, no la encontró, andaba en la vecindad, y fue recibido por *ñor* Pantaleón, que muy parado en la puerta del zaguán, lanzaba miradas á los confines de la calle, como si quisiera adivinar lo que la gente del campo hacía á esa hora en las montañas que limitaban el horizonte. *Ña* Ramona no salió á saludar á Ruiz, sino que tras una cortinilla que cubría la vidriera de la puerta de la sala, fisgoneaba á cubierto de los ojos de la visita.

Principiaba á conversar seriamente Ruiz con *ñor* Pantaleón, cuando entró Manuel, sorprendiéndose de hallar á Julio allí. Sorpresa que tenía su obvia razón de ser, puesto que la familia Velar hacía su fecha que estaba en San José, y Julio no había tenido hasta ahora la simple delicadeza de acercarse á *ñor* Pantaleón ó á Mercedes á noticiarse siquiera de cómo habían llegado. No obstante, con cum-

plido agasajo, demostró Manuel que la visita no le era antipática. Después del saludo corriente, extrañado de no ver á Mercedes en la sala, ni á otros de la casa, que á su padre, pidio permiso á Ruiz y entró á buscar á *ña* Ramona.

—¿Mama, dónde está Mercedes?...¿Y Ud. porqué no vá á saludar á Julio? Vaya.

Y como viese Manuel que por falta de roce social, su madre rehuía salir á saludar á Ruiz, la animó con palabras de confianza.

La señora hizo un gesto repulsivo, pero fue.

Pasó Manuel al vecindario á llamar á Mercedes, que estaba en casa de las Pajuelas, dos muchachas de la *orilla*, zancajudas, pálidas, pegadizas de los hombres y muy beatonas, con quienes la muchacha había cogido *camote*.

Volvió Manuel al lado de Julio con su hermana.

¡Qué contento se puso Ruiz y cuánto agradeció á su amigo la simpática demostración de afecto que acababa de hacerle.

Apenas entró Mercedes, *ña* Ramona, que estaba haciendo corte por puro compromiso, salió de la sala en pos de *ñor* Pantaleón. Manuel se retiró un poco más tarde á ocuparse en sus tareas de Derecho.

Mercedes en cuanto vio á Julio se inmutó, por más que la alegría le rebosaba; y cuando el muchacho acercó á ella su silla, la vió temblar como una llama al beso del aura. Esta timidez se le ocurrió á Julio

ridícula, y sintió una especie de resfrío el naciente ardor de su pasión. Encontraba un algo en Mercedes que no sabía definir y que decoloraba el tinte ideal de sus amores. ¿Dependería ello del estado de su ánimo; era él el ridículo, ó era que la pucela vivaracha de Bejuco, la amiga que hizo la delicia de su estancia en el campo, al cambiar de medio, le parecía cerril y zafía? ¿Deslucía la flor silvestre en los jarrones de la Capital?

¡Quién sabe! Sin embargo, Julio hizo las más dulces remembranzas de Bejuco, con lo que logró entusiasmarse y entusiasmarla. Ella le comprendía y gozaba entonces Julio.

Después, Mercedes trajo á cuento las Pajuelas, unas vecinitas que se portaban muy bien con la familia Velar desde que ésta se pasó á vivir en frente de ellas, con las que iba á los rosarios del Carmen todas las tardes y con quienes pasaba horas y horas que se le hacían cortas. Además tenían un primo, teniente de artillería, tan enamorado como picarón, que pretendía hacerle á ella la corte.

Arrugó Julio el entrecejo; toda su vanidad de hombre se irguió ante la idea de que el militar llegase á ser su rival. Sus desfallecimientos de hacía un rato desvaneciéronse y arreglóse con Mercedes, con respecto á sus amantes promesas, sin dificultad alguna.

Conseguido el objeto que se propusiera, se levantó de su asiento; afablemente hizo venir á la familia para ofrecer sus atencio-

nes, se despidió cariñosamente de Mercedes, á quien había prometido acompañar á los rosarios del Carmen y salió con una impresión nueva, ya muy favorable á la niña. Las finezas de que fue objeto y la buena acogida que dio Mercedes á las palabras con que trató de endulzarle el oído, le dejaron encantado.

Día por día fue estrechando Julio Ruiz las relaciones con la familia Velar, hasta que alcanzó, á fuerza de paciencia, una intimidad que le hizo depositario de la confianza de la casa.

No eran muchas las ocupaciones de Julio y lo más del tiempo se le iba en ver á Mercedes, logrando así que *ña* Ramona, que acoquinaba á *ñor* Pantaleón para que tornase á Bejuco, apaciguara su terquedad y se conformase aunque aparentemente, con la lejana esperanza de volver algún día á aquella tierra de promisión.

XIII

POR la entreabierta hoja colábase un rayo de sol, que después de ajustarse al peldaño del umbral, se extendía en el tillado de la pieza figurando una mancha rombóidea que daba reflejos de miel.

Dentro no se oía más ruido que el musiteo de Luis Aldón reeleyéndose un trabajo que acababa de pasar en limpio.

¡Qué de amorosas aventuras atestiguarían tapiz y mobiliario de la habitación! Con decir quién era su morador, talvez se podrá adivinar qué clase de santuario era aquel: allí vivía Julio Ruiz.

De pronto oyéronse pasos en la acera y el restregar de zapatos en la huella de la grada de piedra. Eran Manuel Velar, Carlos Gómez, Julio y el salvadoreño, que volvían á reanudar la algazara de una conversación política que se interrumpió por un grave accidente ocurrido en la esquina. Un pobre albañil, clavando un andamio, había perdido el equilibrio, y caído sobre los morrillos de la calle, fracturándose ambas piernas.

Pasada tan desagradable impresión con sus lástimas y comentarios tristes del artesano, el salvadoreño dijo:

—Ah, pues, volviendo al tema, ustedes son muy localistas; por tales los tienen en el resto de Centro América; y á decir verdad, y ahora puedo hablar por experiencia propia, no andan descaminados los que así piensan, por que el espíritu de localismo está muy desarrollado en esta tierra de la *Tiquicia*, tanto en personas cultas como en aquellos que sin entender de la misa la media, se hacen eco de opiniones ajenas, pero nacionales, netamente *ticas*.

—Pero vea.... Iba á hablar Carlos, mas el salvadoreño siguió:

—Este sentimiento imaginamos que nace de la creencia general aquí, de que es éste el país de más preponderancia en Centro América y el más práctico....

—Ya sé lo que Ud. quiere probarnos: que somos anti-unionistas, por orgullo ó pretensión, dijo Carlos.

—¡Talvez!....Yo pongo aparte la simpatía que por la *Guanacia* sienten los ticos; y veo que Uds. creen llevar la de perder con la *Unión*....Aquí Gómez interrumpió al salvadoreño para decirle:

—Pero vea, fíjese en lo que le voy á exponer, para que así no piense mal de nosotros. No es que sistemáticamente seamos enemigos de esa idea; es que, razonada, nos parece por lo pronto inoportuna. Todavía estos pueblos no están en condiciones de cultura que permitan sacar el provecho de ese paso político. Por las bayonetas no creo que se consiga sino un enorme desbarajuste.

Luis, que tenía las cuartillas en la mano, las dobló con aire satisfecho y las sepultó en su bolsillo; los compañeros se alistaron para oír á Carlos que ordenaba mentalmente sus ideas:

—Los hombres discuten hoy, más que todo, la constitución de los países, el sistema económico. En el convenio social, los pueblos ven, examinan las cosas y trabajan en pro de su felicidad como un individuo que, dueño de algunos fondos, buscase personas de su gusto y condiciones con quienes celebrar contrato para establecerse y alcanzar el mayor renom-

bre posible, por que éste le aporta ventajas. Y todos estamos de acuerdo con nuestro individuo y no le hallamos tonto ni le molestamos, ni nos preocupamos siquiera por él, si así como se unió con unos en una compañía comercial, por cualquier motivo, ó por voluntad sencillamente, hubiera rechazado de otros, para el mismo objeto, proposiciones.

—Bien, dijo el cuzcatleco, me repite Ud. en otra forma lo que acabo de expresar.

—Ahora verá. No entraré en el análisis de si la aversión á anexarse es para nosotros lo que por ejemplo sería á un agricultor de café que no se uniese á los otros para imponer al exportador un equitativo precio del grano. Sólo voy á indicar un criterio sobre eso de uniones, que será muy personal, muy mío, pero que Uds. pueden discutirlo. Los liberales de por estas comarcas, han proclamado en buenos versos y mejor prosa, el principio de la Unión Centro Americana, como la meta de salvación de esta delgada tierra extendida desde Petén hasta el Escudo de Veragua (?) Ellos saben por qué lo desean, como el costarricense sabe por qué se le antoja desgraciada esa Unión. —Yo aún no lo sé por que tan mal andan unos como otros.—Tanto los detractores del ideal feliz de ver flotar en uno flamante los cinco pabellones de la América Central, como los defensores de ese ideal, están en su derecho. Los liberales,—entiendo no los snobistas, ni tam-

poco los cleròfobos, sino los verdaderos modernistas cuyos principios no exagerados se basan en las ciencias positivas—deben ver, en este punto, caso de conveniencias económicas, contrato voluntarísimo de partes. Y talvez, por verlo así, juzguen que no reporte esa Unión, ventajas; por que un ideal de gobierno es la absoluta descentralización de poderes; y en países pequeños la cosa pública puede estar más en manos del pueblo y, consiguientemente, más cerca del ideal expresado. ¿Acaso la Grecia clásica, de superficie menor que nuestras Repúblicas, hubo menester para su esplendor ensanchar su propio territorio?

—Pero á quién le cabe duda de que la unión hace la fuerza? Interrogó Manuel.

—La hace, cuando los elementos allegados, en todo acordes, ponen partes proporcionales en el arca común que habrá de surtir á todos.

—Ajá! ¿Y Uds. creen que Costa-Rica aporta más que ninguna, dijo socarronamente el salvadoreño.

—No, no, exclamó Ruiz; y Carlos agregó:

—No hay eso. ¿Pero acaso tenduchos de semi arruinados comerciantes, asociados, formarán una *Dicha de las Damas*, gran maquinaria comercial de sólidos haberes? Más fácil es á uno solo, sobrellevar sus calamidades, que cargar también las ajenas.

—Importaría poco eso, observó el salvadoreño, pues las ganancias que pudieran tener, serían mayores por el ensanche de la empresa. Es otra cosa; la comparación con comerciantes, no me parece atinada por que un comerciante arruinado no representa ya nada, mientras que un país de éstos, por arruinado que esté, siempre es campo fecundo para el trabajo, y elemento de riqueza.

—Está buena la observación, añadió Gómez. Consideremos, pues, nuestra sociedad como un organismo individual, en aquellas partes en las cuales cabe la semejanza y podremos decir: no puede hacerse á nadie nada sin su consentimiento capaz y razonado. He creído siempre que el estado soberano ha sido establecido en provecho de los individuos. He creído más, que nunca debe sacrificarse á un hombre teniendo en mira el estado; otra cosa es cuando él se le ofrece en holocausto, voluntariamente. Si esto es en singular, qué diremos en plural, es decir, si así queremos salvar un solo individuo, cuánto más se puede decir tratándose de muchos. Partiendo de aquí, jamás deberá hacerse la Unión por la fuerza. La violencia nunca debe ser base de derecho, porque desequilibra é imposibilita la armonía. Si por fuerza se adquiere un subordinado, éste á su vez luchará por tenerla mayor y sojuzgará á quien lo dominó: ambición y desquite muy racionales. Una mayoría de estados tampoco deberá bastar para hacer la Unión. Una

mayoría es una fuerza en relación con su respectiva minoría y no debe ser base suficiente para ello. La minoría, los descontentos, tienen tantos derechos como los otros; y si un grupo de hombres, al constituírse una nueva sociedad, no la cree beneficiosa á sus intereses, no debe ser obligado á entrar á integrarla, por que sería atacar sus libertades. Los que crean con la Unión hallar su bienestar: ¡adelante! Los otros sepáranse, porque es un contrato, un negocio en el comercio humano en el cual van presintiendo pérdidas; y si en sus cálculos les va mal, que no formen parte de esa *Gran Compañía*. Y bien, ¿les dejamos fuera?....¿Si?.... Pues la unión es incompleta: no será Unión Centro-americana. ¿Se les une por la fuerza? ¿Dónde están los poderes y derechos con los cuales queremos sacrificar á esos?

Julio, que no había dicho nada, exclamó, muy satisfecho de su gran amigo:

—¡Ah, *ñato* más *inspirao*! Y los demás dieron opiniones; unos negando la importancia de la argumentación, los otros aprobando, hasta que por último dijo Carlos al salvadoreño:

—Después de todo, para qué las molestias consiguientes de una unión no muy deseada; para qué extender el dominio de nuestra mala política, cuando ya la patria es todo el planeta. cuando ya nos unimos libremente, gracias á la ciencia, llenando nuestros deberes, trabajando siempre. Si es la felicidad lo que busca-

mos, no compliquemos inútilmente nuestras funciones que no las atenderemos mejor; ni pensemos en hacer bien á tiros. Distinto será el día en que nuestras *unánimes* voluntades nos lleven á darnos el apretón cordial de manos, en forma de railes que cubran el suelo, y de tratados útiles. Entonces la Gran Compañía de la América Central dará sanos y abundantes frutos.

Ya era mucho disertar, y las opiniones, bien marcadas, no se avenían: el salvadoreño, unionista; Julio, también—y aunque no discutía, gritaba, diciendo que no estaba convencido. Manuel fluctuaba entre un parecer y otro. Quería sí, demostrar, que si resultara un Morazán costarricense, se alistaría como artillero: casi esperaba la Unión por la guerra. En fin, Luis reclamó su artículo, que acababa de guardar y pidió se lo dejaran leer, siquier por cambiar el tema de conversación. Y entre burlas y gracejadas se atendió á la lectura:

La Extranjera de Bronce

Las golondrinas y los zoterrés no fueron los únicos que aprovecharon del desastre de la campana quebrada, las lagartijas también. Antes, el miedo al ruido del vibrante metal ó á la vandálica pata del mocito campanero, no las había dado punto de reposo. Y tenían razón de estar medrosas: una de sus heladas compañeras, muy simpaticona, pintada á rayas verdes y oscuras, tuvo una vez la

osadía de asomar la cabeza por un mechinal; el muchacho ve el diminutillo saurio cuando hacía la intentona de escabullirse, y lo apaña con el sombrero. Luégo con miles de cuidados lo examina; de pronto profiere una leve exclamación, y asiendo por el rabo al animalucho lo revolea por sobre su cabeza y lo dispara á la plazuela.

Desde los intersticios formados por el dequiciamiento de los sillares, las otras lagartijas presenciaron las volteretas en el aire y la caída grosera de su desdichada amiga.

Dé entonces no volvieron á quijotear, hasta que se convencieron de que eran dueñas de las paredes de la torre.

El último verano, á eso de las seis, llamaba la campana á los rosarios de María con una desesperación atroz, cual si en sus postreros momentos, porque así había de ser, hubiese reunido todo su vigor para un furioso campaneo como el que desató aquella tarde. El aire, con un rehilo de ondas sonoras, huía rebotando en los montes; estos vibraron y trémulo repiqueteo se escuchaba débil y con sabor á oración, en la lejanía.

¡Lástima de campana!

Vieja, sí, pero siempre cumpliendo extricta su deber. ¡Lástima, tan sonora, tan alegre! Hasta cuando había *angelito* permitíase cierto tañido que extremecía de fruición, como si fuese el canto de ultratumba.

El campanario tenía aspecto de ruina: enterrado el pie entre una viciada vejetación olorosa á escombros y entre un apeñuscamiento de piedras; y los muros, desnudos de repello, criaban criptógamas.

Sin embargo era tan feliz la campana allí, encastillada entre dos hornacinas heridas en el centro de sus concavidades por saeteras, y entre dos ventanales bárbaramente adovelados, con una vista que ni de panorama, dispuesta á los cuatro vientos. Al frente, la plazoletá, donde todas las tardes se reunían á jugar los muchachos carisucios y culirrotos del lugar. Los domingos se divertía la campana espiando á las mozas de rebozo, y oyendo los ditirambos que en el atrio les disparaban los muchachos cuando entraban ellas á oír misa. Opuestamente divisaba á su antojo, por la otra ventana, la calle real: primerito que nadie daba fe y razón de los viajeros; y por las aspilleras practicadas en las hornacinas, veía los potros y recentales triscando en los potreros, y curioseaba, maliciosa, á los peones y cogedoras de café.

Pero el demonio del chico parece que se la tenía jurada: se propuso concluír con la poetiza del campanario.

Y así sucedió. El furioso repique disminuía un momento, como para dar descanso al brazo, y continuaba con mayor envite otra y otra vez. El vecindario estaba ya aturdido; las piapias no se recogían como de costumbre en los árboles de

los alrededores, despavoridas huían gritando.

De pronto, el bronce no pudo resistir el badajadar, cascó espeluznante, como vieja asustada, y calló su férrea lengua: la campana se había roto.

El muchacho salió de estampía á noticiar la defunción, que hizo su efecto en el ánimo del pueblo.

Mientras la supertición entregaba á unos á espasmos angustiosos, el activo cura de la parroquia señaló á los vecinos pudientes, cuota moderada para traer del extranjero una nueva y de gran tamaño, que se oyese en una legua á la redonda.

Así se convino.

De hecho la torre quedó aislada.

Para reponer la campana rota, se sembró en el patio de la sacristía un poste, al cual, en la parte superior, se le clavó una regla en forma de F. Arriba, en el extremo de la regla, se sujetó la campana de oficiar, una muy grandota, que á duras penas manejaba el granujín que servía de acólito. Y para sustituír esa de oficiar, se compraron una pequeña, amarilla, de agudo timbre, que movía á risa á los chiquillos.

¡Bastantes pellizcos de sus madres les costó, por cierto, su hilaridad en el recinto de la iglesia!

Por fin, una tarde, en una cureña ó carreta de plataforma, apareció, deshaciendo las eses del camino, la campana nueva, traída del extranjero. A cada trompicón del vehículo, la campana recibía leves cho-

ques que dejaban oír los ecos tenues del metal en vibración. La turba que la seguía exclamó:

—¡Qué buena voz, qué bien suena.... Mejor que la de antaño! Sí, es esta un modelo de campana: tan pura, tan inocente, como que aun no ha visto entrar las muchachas á misa, ni tiene noción de lo que es un matrimonio.

Tal fue la entrada triunfal de la extranjera de bronce en la placilla del pueblo.

Mozos fuertes y ganosos de andar con ella la desataron y con mimo extremado la pusieron en el zacate. Entonces todo el mundo la rodeó.

Las golondrinas, formando hilera en los bordes salientes de la torre, volvían á un tiempo las cabecitas, muertas de curiosidad. Piaban y no tenían sosiego.

El cura tomó la palabra:

—Bien, señores, desde mañana se principiarán las reparaciones que habrán de hacérsele á la torre; el sábado pondremos cerebro al gigante de al lado de la iglesia.

—Lengua, padre, dijo un novel bachiller del Liceo, quien quería á todo trance pasar por muy avisado ante sus compatriotas del barrio.

El párroco añadió:

—Luégo bendeciremos la campana, tocaremos á vísperas y en seguida una gota....del de consagrar, para cada uno de vosotros.

Aquella noche todo el mundo soñó con un ruido de campanas echadas á todo vuelo.

***

El tío Justo entró convertido en una alharaca, hablando de la subida de la campana. Pidió un plato de frijoles con tortilla; se engulló esto con una taza de café fuerte, y limpiándose la boca con el reverso de la mano, se puso á buscar sus herramientas.

Cogió á Susanilla, la meció en sus brazotes de gigante y la arremetió á besos: unos atroces, por la garganta, por el rosáceo pechillo, que ponían á la chiquitina á morirse de risa.

Sacó el tío Justo un cabo de puro, lo encendió; tomó de un taburete el rollo de cordeladura que había alistado, se lo metió en el brazo hasta el hombro, y....á la calle.

Entre tanto, sus sobrinos se ponían á jugar á los soldados.

Repecho arriba, camino de la plaza, iban los tres mocosos.

Joselillo, el mayor de los hermanitos, haciendo el jefe con un rudimento de espada de hojalata, descalzo, vestido de chaquetón grueso y largo, sucísimo, procedente por lo menos del tatarabuelo del muchacho; los calzones tenían un trasero....¡Dios mío!....una pizarra donde se hubiese discutido trigonometría, no hubiera estado menos llena de ángulos, cír-

culos y triángulos: todo ya en remiendos, ya mostrando las carnes.

Ernesto iba con una caña terciada, el rifle; constando su indumentaria, de calzones sujetos por un tirante cruzado de pecho á espalda, en la forma que estilan los altos funcionarios colocarse la bandera de la patria. La camiseta era un harapo.

Susanita, peinada de bucles, como que su mamá se entretenía ensortijándole el oro de sus cabellos, sí vestía camisa limpia. ¡Ah, esa ya era otra cosa! La estimaba más que á las niñas de sus ojos.

La pequeña marchaba en medio, con las manecitas hácia atrás, liadas con un cáñamo; amarrados los pies, apenas le permitían andar pasito á paso: era la prisionera, de una sangre fría admirable. ¿Pues no iba enseñando aquellos dientes como puntillos blancos en papel rosa, y aquellos ojos vivos y oscuros como dos enormes cuentas de azabache?

El terceto formaba un conjunto encantador: fortuna, felicidad y vida de Juana la lavandera, que lo idolatra.

La torre había quedado como acabadita de hacer. Los zoterrés trinaban al aire mustios pitidos. Las golondrinas, por su parte, prometían abandonar el pueblo á bandadas durante la noche. Y no era para menos: la chiquillería jugaba en la plaza, destrozándoles los nidos.

Nuestra miniatura de comitiva se unió un momento á la masa de espectadores, impelida por la curiosidad. Luégo con-

tinuó su paseo hasta llegar á corta distancia de la torre; y allí, en una estaca orillada á un enorme pedrejón, ataron los muchachos á la prisionerita, quedándose el hermano menor para vigilarla, mientras el mayor se disponía á expedir la orden de fusilamiento. En este entonces fue cuando José, el jefe de mentirijillas, vio á su tío asomar por una de las ventanas del campanario donde trataba de asegurar, lo mejor posible, la cabria, y le pasó por la mente irle á hacer compaña á su tío.

Cuando á la bulla que metían en el campanario, reo y centinela volvieron los ojos arriba, miraron á José estorbando á los trabajodores.

—Señor General, gritó la chiquilla—¿se me fusila ó no? Y antes de que el General hablase, el estricto centinela impuso silencio á la reo. En seguida se oyó en el aire la contestación del General:

—Escojo desde aquí el lugar de la ejecución para dictar la sentencia. Y siguió admirando en lontananza las cordilleras perfiladas que mostraban en sus faldas las manchas blancuzcas de otros caseríos; los árboles gigantescos; el cementerio blanco aparentando pureza cual si ignorásemos que es el más voraz antropófago.

* * *

Hasta que sudaba el tío Justo, rabioso por lo tarde que le había cogido. ¡Un humor de la trampa! A regañadientes apuraba á los peones en el trabajo.

Con qué gusto se limpió el sudor de la cara con la manga de la camiseta cuando todo quedó á pedir de boca.

—¡Vamos! ¡engaviar á esa señora! ordenó á los de abajo.

—¡Up, up! Y la campana se mueve; á un pequeño impulso, tambalea; y cuando la tierra le faltó, se puso á temblar que daba miedo. Izábanla en medio del chirrido de las poleas y la gritería de las gentes.

De pronto, el tío Justo, atento á los movimientos de la mimada campana y de todo el aparato de izamiento, oyó traquear un burro y enarbolando un martillo comenzó á meterle un clavo de cuatro pulgadas; pero el maldito no entraba, se torcía, y entonces hubo de ver el tío Justo, otra vez encendido en cólera, que era toda la causa un pedazo del terroso bronce, cubierto de verdina, que formara parte de la difunta campana.

Con brusco ademán lo asió y furioso grita:

—¡Campo, señores, va esto!

Joselillo estaba al lado de su tío cuando escuchó las palabras de éste, y pensó en su hermanita, que se encontraba al pie de la torre, amarrada, é intentó detener la colérica mano del viejo, quien soltó por la ventana, sin fijarse, el pedazo de bronce, con inusitada furia.

Los espectadores que rodeaban la torre separánronse con precipitación.

El centinela de la pequeña, que iba á

ser ajasticiada, también se separó del puesto dando voces rápidas, desesperadas:

—¡¡Susanita, Susana, vénte!! Y la niña le tendió los bracitos ignorando lo que sucedía. Los curiosos lanzaron una espantosa exclamación:

¡Pobre Juana la lavandera!

El pedazo de la vieja campana dio cuatro vueltas calmosas en el aire y cayó á plomo sobre la muchachita que hacía poderosos esfuerzos por soltarse; y sin proferir mínima exclamación, quedó hecha un montoncito blanco de preciosa carne, á la vera del pedregón que le sirvió de lecho mortuorio.

. . . .

El tañido primero que la inocente campana esparció á los vientos, fue un doble de conmiseración. Y allá, tras la iglesia, en una cabaña, se elevaban fúnebres quejas.

En los confines, unos después de otros, en monótona y lúgubre sinfonía, hondos clamores y ecos tristísimos repercutían los montes, llorando en consorcio la víctima del día de la inauguración de la extranjera de bronce!

—

—No es malo el cuento. Me gusta que hayas descrito con tanta naturalidad ese dramita de Bejuco y que tu fantasía haya suplido artísticamente lo vulgar, dijo Carlos; y Manuel agregó:

—Sólo que es un poco largo y no te le van á dar cabida en ninguno de nuestros

exiguos diarios; y si lo divides no produce el mismo efecto, pues nada hay que desanime tanto al lector de nuestras hojas periódicas como un *continuará*.

Luis, sonriente, guardó su cerro de cuartillas, muy halagado por los piropos inauditos de sus compañeros.

Así era aquel centro de amigos, donde las horas huían pequeñas como enanos de buen humor.

XIV

VERDAD es que Mercedes no dejó de visitar á sus enjutas vecinitas ni de hacerse acompañar por ellas á los rosarios del Carmen. ¿Pero acaso iba á conformarse Pajuela con que Mercedes, que era casi de su círculo, no le atendiese como antes, y que si la muchacha le concedía la limosna de una ojeada, en cambio no perdiera tarde de irse al rezo con Julio y regresara siempre acompañada del afortunado mancebo?

No obstante estar muy lejos de ser un observador, había notado el Teniente que el influjo de los entorchados y otros arreos militares, era firme decididor de contiendas amorosas en no escasas ocasiones; y se fi-

guró que talvez aquellas discretas miradillas las provocaban los reflejos áureos de los botones, ó el ruido metálico de la espada. Así, pues, un día, muy engalado, como un dije acabadito de sacar de la joyería, devoraba con las pupilas á Mercedes por si le pescaba algún remilgo. Inútil empeño: Julio era el dichoso.

¡De qué mal humor ponían al Militar los chichisveos de Julio para Mercedes!

Para hacer algo solapadamente contra su rival, lo metió en las listas de los *primeros domingos*; pero muy pronto, como Julio era Bachiller, para aprovechar sus conocimientos matemáticos, lo pasaron al cuerpo de Artilleros, y en un tiro al blanco, como la pieza en que maniobraba pegó repetidas veces, de un cornetazo lo hicieron subteniente, librándose con tan rápido ascenso, de los arrestos que le acarreaban sus faltas de presencia á las listas, y de las maquinaciones pueriles del desventurado Pajuela, que rabió de ver cómo se le escapaba la presa, tronando contra las gentes de la alta sociedad, que sin prestar servicio activo, conquistan fácilmente las graduaciones militares.

El teniente Pajuela quería á Mercedes, y la sangre se le quemaba por que no era él el preferido. ¡Jamás había rendido una plaza! Pero se dedicaba á bloquear las que se rinden al vistoso uniforme, con poca fortuna, como si en esta bendita tierra fuese á menos el militarismo, no seduciendo ya con sus brillos ni á las mujeres que cual mariposas nocturnas suelen quemar-

se las alas en las bujías, ilusionadas por el resplandor.

Por supuesto que Pajuela no se iba á envenenar por eso, ni á dispararle un tiro á Ruiz, ni mucho menos. Dejaba correr las cosas, diciendo: "lo que conviene viene". Seguía á Mercedes aun cuando ella estuviese con Julio; y montaba guardia en la esquina, hubiese *silampa*, niebla, oscuridad ó sol, siempre que estaba franco, con una terquedad que Mercedes no mataba con su desdén; era cuestión de meter mala espina al amante más confiado.

El siete de diciembre, la banda de la Capital, sin uniforme, ante el pórtico de la iglesia del Carmen, batía sus cobres lanzando á la rosa de los vientos alegres músicas populares. Esto atrajo una concurrencia á la cual los repiqueteos solos del campanario no hubieran congregado. Las mujeres, ya presurosas, ya con tranquilo paso, afluían al Carmen. La víspera de la Concepción barruntaba ser solemnísima.

El frontis del templo se destacaba en la sombra de la noche al tenue resplandor de chinescos farolillos colgados en las aristas. La palma, el bambú y la uruca formaban el decorado, cubriendo con su verde matiz los lienzos de pared escasos de adornos arquitectónicos. La torre de al lado, semejando un gigante negro, centinela del templo, no tenía una sola luz; la enorme campana del reló, amartillada por el badajo, daba trémulas y broncas campanadas que despedían las horas.

Pululaba del pórtico á las esquinas de la calle un gentío cuyo buen humor era ruidoso.

Las fachadas de las casas de los creyentes estaban iluminadas por linternas; y á lo lejos se oían explosiones de cohetes, triquitraques y petardos.

Desde el oscurecer, el ánimo de los muchachos, siempre dispuesto á divertirse, rompió un bombardeo contra la portada de la iglesia. Los *cachiflines*, como veloces sabandijas aéreas, describían espirales de fuego que dispersaban los grupos y ponían en fuga á las mujeres; los petardos estallaban como bombas, sobre las cabezas ó á la altura de los oídos. Beatas, devotas y no devotas, que entraban ó salían de la iglesia, se encontraban con el culebreo ígneo del atrevido buscapiés ó con la explosión ensordecedora de un *bombón*. ¡Tremendo susto se llevaban! Ajustándose á las paredes, haciéndose un doblez, ó agachándose, se cubrían la cabeza con los rebozos ó abrigos; se ocultaban tras las otras personas; corrían, saltaban y gritaban. Al escapar por aquí, el estallido de un petardo las detiene; al huír por allá, un bombazo les revienta casi en la enagua. Y es un moverse, un gritar, un silbar, un reír, que la policía interviene para poner coto á tal entretenimiento, previendo el daño que el fuego puede causar.

El interior del templo está radioso como una ascua; ante el retablo se descoge caprichoso, como un velillo gris, el incien-

so aromático; y en la nave sonora el canto resuena como un coro celestial. El presbiterio arde; un reguero de cirios á diversas alturas y en todos los rincones, destellan como pedacillos de un sol. En el altar mayor, escoltada por dos filas simétricas de antiguos candelabros dispuestos en escalones, y en una lujosa plataforma, descansa la custodia con sus gemas, vibrando su aureola, como el astro rey de aquel cielo constelado. En un sillón, detrás del cual se desgarba un monaguillo de blanquísima sobrepelliz, había una rica dalmática adamascada, con franjas de oro. La concavidad de la nave reverberaba al calor de las arañas encendidas; los arcos de la techumbre, festoneados con tul y flecos amarillos ó azules, hacían un efecto churrigueresco; en las ventanas, frutas, flores y jaulas con sus pájaros; las paredes sencillas, desnudas de ornato, no tenían más que el viacrucis. En el centro, ocupando las bancas, las mujeres; replegados á los muros, bajo el coro y cerca de los pórticos, los hombres, que no conmovían por su recogimiento.

El padre seguía el rosario desde el púlpito y la muchedumbre de fieles contestaba con un prolongado murmullo, acentuando las primeras palabras de la oración: era una santa lluvia de padrenuestros y avemarías. Al finalizar cada misterio, sonaba en el púlpito un timbre y comenzaba en el coro la religiosa sinfonía del órgano grave, de los violines quejumbrosos, de la dulce flauta y de las voces

humanas que extasiaban de placer místico, de arrobo fervoroso. Allí las loas elevadas al cielo en poético arrebato para la santificación de la Madona Inmaculada.

El rosario terminó. Los fieles se agolparon á las puertas por donde escapaban emanaciones de aire confinado y el perfume del incienso. Como afuera, á pesar de las prohibiciones de la policía, se renovaron los juegos de pólvora, las mujeres, temerosas, no salieron, evitando así, exponerse á ser blanco de los petardos y cachiflines. Sin embargo, poco á poco fueron escabulléndose, no sin repetir las escenas de la entrada.

En cuanto Julio vio á Mercedes, corrió á su encuentro para librarla del bombardeo. En esto, el teniente Pajuela, con grave continente pasó adrede rozando á la joven. Un botón de la guerrera se enredó en los flecos del mantón de Mercedes; y con el pretesto de desenredarse cruzó dos palabras de disculpa con aquella mujer que le tenía muriendo de amor. Julio, á pesar de la naturalidad de la escena y de que las Pajuelas, primas del Teniente, iban con Mercedes, hizo un gesto marcado de disgusto, aunque nada dijo.

¡Noche feliz, Pajuela durmió contento!

XV

En la bocacalle, iluminada por un flechazo de oro del sol poniente, una rueda de chiquillos, como corona de pimpollitos humanos, metía infantil bullicio de cantos y brincos. Aquellas rubias ó negras cabezas formaban círculo al rededor de un pequeñuelo de dulces ojos, sonriente, que cantaba con vocecilla célica:

Papá, mamá, me quisiera casar
con una niña que sepa bailar.

En torno de él giraba la rueda de criaturas contestando en coro:

Soy la bendita del baile del rey
me quiero casar y no sé con quién.

El ojizarco cantor, empezó otros versos:

Arroz con leche, me quiero casar
con una chiquita de este lugar.

La turba infantil repetía:

Soy la bendita del baile del rey,
me quiero casar y no sé con quién.

El rubio niño cantó:

Casate conmigo que yo te pondré.
zapatos y medias color de café

Tan pronto como esta diversión les aburría, la trocaban por "El clavito", "San Miguel dame tus armas" ó "Doña Ana". En esta última, uno de los muchachos apartábase del grupo, y, sentándose en el quicio de una puerta cercana, veía girar la rueda en el centro de la bocacalle, y oía cantar á sus compañeros:

Vamos á la huerta de *torotorogil*
á ver á doña Ana comer peregil.
Doña Ana no está aquí, está en su vergel
abriendo la rosa y cerrando el clavel.

Al decir clavel, uno de los chiquillos hacía esta pregunta:

—¿Cómo está doña Ana? dirigiéndola á la chiquita que desde el quicio de la puerta daba razón:

—Muy mal. Y el coro repetía la estrofa:

Vamos á la huerta de torotorogil, etc.

Al terminar la canción, de nuevo otro de los muchachos preguntaba por el estado de salud de doña Ana. Y así sucesivamente, hasta que la que hacía de doña Ana, contestaba:--Se murió; y rápida abandonaba el quicio de la puerta en persecución de alguno de sus compañeritos. Deshacíase la rueda como un verticilo que perdiese sus pétalos, y en medio de terrible algarabía escapaban los niños. Cogido úno, pasaba ese á desempeñar el papel de doña Ana, armándose la rueda otra vez.

Mercedes, de codos en el alféizar de la ventana de su casa, se esparcía con el

cuadro cuyas delicadas escenas presenciaba poseída de seductor encanto. ¡Qué delicia, ser dueña de unos angelillos tan sanos, tan alegres, tan felices! ¿En qué podían pensar aquellos diminutos seres, juguetones como pajaritos en una floresta? ¡Cuánta dicha debe de proporcionar un muñeco de esos!

Embelesada, no sintió acercarse á Julio, que saludándola afablemente, le dijo:

—¡Qué absorta está Ud.! Mercedes dio un salto de sorpresa, y sonrió cariñosa al recién llegado, devolviéndole el saludo con estas palabras:

—Sí, he gozado mucho observando cómo se divierten esas criaturas; con muy poco olvidan hasta que viven.

—¡Verdad es!—exclamó Julio—Pero ya tocaron al rosario. ¿No irá Ud. hoy?

—Por supuesto, aguárdeme un instante, y dispense que le deje solo.

Después de darse un vistazo al espejo para alisarse el peinado y pasarse á la ligera por las mejillas la borla de los polvos, se puso sobre los hombros el pañolón, y apareció en el umbral de la puerta, donde Julio la esperaba.

—Mamá no está en casa. Las Pajuelas se fueron á un paseo. De modo que hoy iremos solos á la iglesia.

Julio recibió la noticia con agrado. Por fin las caudatarias que espiaban sus movimientos y no le perdían sílaba, le dejaban libre.

Moría la tarde y empezó un cierzo como con agujillas. Casi tiritando, Ruiz se

abotonó el saco y sepultó las manos en las faltriqueras. Mercedes, cruzándose por el pecho el pañolón de burato con labrados de flores y pájaros chinos, trataba de abrigarse también. Andaban despacio, como deseando no terminar el camino. Aprovechaban la ausencia de inoportunos testigos. ¡Qué dichosa ocurrencia la del paseo de las Pajuelas! Por fin llegaron al Carmen. Mercedes sube con lentitud las gradas y entra en la iglesia. Julio se incorpora á un corrillo apostado en el jardín de enfrente.

Rezada la última oración, de las que agregan al rosario, el cura de la parroquia bajó del púlpito y desapareció por la sacristía. A lo sumo eran las siete de la noche. Los fieles abandonaron el templo. Apagaba ya el sacristán las bujías, cuando Mercedes salió á la acera, y Julio, al verla, corrió á ofrecerle el brazo que ella aceptó de muy buen talante.

Los dos muchachos sentían un desbordamiento loco de placer. ¡Qué expansiva estuvo ella! ¡Qué apasionado se mostró él! El estado simpático que los embargaba era como una fresca brisa ignota, voluptuosamente acariciadora.

Conmovía el cuerpo de Julio una fuerza irresistible de fundir á Mercedes en un abrazo; de ser amable con todos, de hacer mucho bien; de estampar un beso frenético que abriera una eternidad de deleite.

¡Quizá . . . cosas de la temperatura!

Mercedes, poseída de una íntima alegría, pensaba futilidades amorosas: qué

peludillo era el saco de su novio, qué duros los puños y cómo crugían; qué sabroso andar del brazo con él; qué olorcillo á cuero de rusia despedía su ropa. Después, se alejaban sus pensamientos, y por fuerza de fantasía, como una realidad, ante sus ojos desarrollábanse las escenas de la tarde, las escenas de aquella parvada de niños tan *corrongos*, que daban deseos de comérselos.

De cuando en cuando una ráfaga saturada de lluvia muy fina, erizábales el vello.

"Siento como que le quiero hoy más que nunca—seguía pensando Mercedes—Me dejaría conducir por él, por él solo, hasta el fin del mundo. ¡Suerte de frío, oportuno cierzo! ¡Qué lindo es amar!" ¡Ah, sólo aquellas criaturas no eran felices, sólo aquellas cabecitas sudorosas no resplandecían heridas por el flechazo de oro del sol poniente! También para ellos había dicha, había el flechazo fecundo del amor.

La lámpara de luz eléctrica, pendiente del brazo férreo del poste, parecía un dedo largucho portando una linterna luminosa que señalaba el camino. Era el último fanal de la vía. Mercedes y Julio olvidados de todo, llegaban ya á las afueras de la población; y extrañándose de haber recorrido tanto sin percatarse de ello, volvieron sobre sus pasos. A no mucha distancia un bulto de hombre les seguía cautelosamente: era Pajuela, que más empeñado que nunca estaba en sus cinco en que Mercedes debía de ser para él.

Indiferentemente, Mercedes y Julio cruzaron hácia el sur, por una calle oscura, comunicándose intimidades muy de los dos. Por allí cerca quedaba la bonita habitación de Ruiz.

El servicio de alumbrado público se hacía mal en este barrio; y como no había luna, bien pudo efectuarse un duelo en mitad del arroyo que á nadie hubiera trascendido. La oscuridad puso iracundo al militar. ¡Sólo faltaba que perdiese la pista! Tras que ya la cólera de los celos le traía reventando y con ganas de reventar á otro.... Efectivamente, al doblar la esquina, su rival y su pretendida salieron del alcance de su mirada. Corre ansioso fisgoneando en aquellas oscuridades, y ve dos bultos que se mueven, que se separan y se juntan, y que de pronto se los traga una puerta, cuya hoja, al cerrarse bruscamente, dio un golpe que repercutió en los muros de las casas del vecindario.

De cuatro zancajos se colocó el teniente Pajuela en la grada de la puerta é inclinóse con precaución para espiar por el agujero de la cerradura. Nada logró ver: la pieza estaba en tinieblas; mas la ligereza de la imaginación le hizo suponer una escena que lo encendió en furia.

El militar, bien formado, revelando la salud de la estatuaria helénica, sufría unos celos angustiosos, quemantes como plomo derretido. La sangre le hervía, ensanchaba los elásticos tubos, subiendo el color de sus líneas en la epidermis; el cuello y la

cara parecía que iban á estallar; el corazón latíale con tal violencia que amenazaba romper su cárcel ósea; anhelaba como gladiador al terminar la lucha; la mirada inquieta y errabunda relampagueábale entre los párpados inyectados de sangre; las paredes de las fosas nazales temblábanle débilmente; los labios mordidos dejaban ver la arista de la corona de los dientes. Balbuceó unas cuantas palabras con ronca voz, contrajo nerviosamente los músculos, ahogó una blasfemia y loco por vengarse, en vez de romper la puerta, voló en busca de Manuel Velar.

XVI

La pasión las dominaba á pesar de que nunca se vieron objeto de gran interés; y así, si para ellas no fue, lo tomaron como quien dice bajo su protección. Afecto tan acendrado dio margen á que ellas celaran á su primo, no ya como amantes quisquillosas, pues á la postre cayeron en la cuenta de que su ídolo no hacía el milagro de atenderlas, pero sí velaban por él como dos madres intransigentes. Por haberse permitido Julio atravesarse en la ruta del amado teniente, amargándole la existencia, las Pajuelas miraron con desconfianza, primero, y odio después, al amante de Mercedes.

Cosa singular, en vez de ser la mujer preferida por el Teniente, el blanco de sus maquinaciones malévolas, cedieron cuerdamente á la esperanza de que el militar no pusiese los ojos en mujer alguna que no fuese una de ellas, y movieron sus lenguas sagitas contra el que hacía infeliz á su desdeñoso primo. Pajuela, naturalmente, se la tenía jurada á Julio.

Mercedes, por su parte, en su extravío amoroso y para no verse obligada á ocultar su pasión, insinuó el matrimonio cuando Julio no estaba dispuesto á subir al altar.

Como si estuviera al amparo de divina égida, Ruiz se libraba de las asechanzas de sus malquerientes; del golpe vengador escapaba, por que el Teniente no había enterado aún al hermano de Mercedes de lo que cierta noche oscura su espionaje y malicia le revelaron. Refleccionando en que sus rabiosos celos le impulsaban á una delación personal que podía tornársele en propio daño, torció su designio, para hacer con relativa discreción, lenta y cruel su venganza.

Crecía en torno de Julio tanta animosidad, le vigilaban con tal cuidado sus enemigos, que no le fue difícil traslucir su verdadera situación. En la perspectiva de un fatal desenlace para su vida de enamorado, le sobrecogió un miedo pánico. Ante ese argumento no cabían prolijas consideraciones. Cuando se sentía más tristón y preocupado, el correo le trajo una carta de su tío en la que le instaba á

que se marchase sin demora á Wáshington. Si la hubiera solicitado para el caso concreto no habría venido la misiva con más oportunidad. Reeleyóla, pues, con cierta alegría, y optó por preparar sigilosamente su equipaje.

¡De qué diferente modo impresionan las cosas á sangre fría! En el calor de su deleite jamás pensó en las dificultades que su arrebato viril, por una mujer adorablemente sensual, le acarrearía.

Pero irse y abandonar á Mercedes.... Eso le hurgaba fuertemente el corazón. Irse cuando ya no ignoraba de qué linda flor había aspirado todo el perfume y no había bebido aún toda la miel de su nectario exquisito, miel que excusa las mayores caídas y dulcifica las más grandes amarguras.... Sólo su intranquilidad y un presentimiento terrible llegaron al extremo de hacerle imaginar que soñaba y aun á inducirle á posponer su amor gozado, mas no satisfecho, con tal de conseguir la calma.

Señalóse de término para efectuar el viaje, cuatro días, mientras daba poder á su cuñado para que le atendiese su hacienda y le arreglase otros asuntillos de menor cuantía.

Apreciando Julio á Carlos como á íntimo amigo, creyó de su deber comunicarle que en vista de la insistencia con que su tío le llamaba de los Estados Unidos de Norte América, había determinado obedecerle. Gómez extrañó el encarecimiento con que le pedía que no divulgase la

noticia y lo sumiso que se había vuelto Julio, á quien no pudo sonsacar la verdadera razón que motivaba su partida. En su delirio por viajar, Carlos envidió á su camarada. Siempre que uno de sus conocidos volaba á otras regiones, perdía una cuenta el collar de sus esperanzas, por que traía á la mente las trabas que le impedían surcar el océano.

La noche misma del día en que Julio estuvo á ver á Carlos para despedirse de él, como si lo hubieran sabido las Pajuelas, que recibieron un desprecio de Mercedes y Julio la tarde anterior, esperaron á Manuel Velar, quien esa noche se retiró á su domicilio más temprano de lo que solía, presentándoles así ocasión fácil de que practicaran un avieso plan. Fingiéndose idólatras de Mercedes, simulando que no daban crédito á los chismes infames que se deslizan atrevidos donde quiera, despepitaron á Manuel que el teniente Pajuela había visto una cosa.... que á ellas les habían contado por que casi todo el mundo la sabía. El golpe no erró la puntería: hirió en lo más vivo los sentimientos de Manuel, que, temblando de horror, de rabia, de desesperación, sin soltar una sílaba, clavó una profunda mirada en las Pajuelas, giró sobre los tacones mecánicamente y se metió en su casa. Desmadejado, con un nudo en la garganta, se arrojó en su lecho, con el pensamiento tenaz de saltar el cráneo á Julio; pero era yá, inmediatamente. Cavilando, abrió campo á la duda. ¡Oh cuánto le consola-

ba este balancín de la esperanza! Allí, al otro lado del tabique, estaba Mercedes... ¡y era tan fácil retorcer la calumnia y reventársela al rostro á aquellas pálidas, flacuchas....! Mas al llegar á la puerta del dormitorio de su hermana permaneció indeciso luchando por entrar, cogerla de las manos y desahogarse, llorar con ella su tristeza de haber perdido la honra. ¿Y si era calumnia vil? ¡Agradable embajada la suya! ¡Qué inesperado golpe para la infeliz!........ ¡Ah, entonces sí que aventaría al Báratro á los fementidos difamadores! ¡Cuánto mejor si fuera calumnia para mitigar su angustia! En tal brete, prefirió no entrar; talvez ni explicarse con su hermana hubiera podido. Tentado estuvo de llamar á su padre y descargar el gran peso que le aplastaba. También desistió de ello. Pensó en Carlos, tan buen amigo, tan inteligente, que le daría magnífico consejo en el presente caso: era lo más acertado buscarlo. Como se le ocurrió lo hizo. El aire fresco de la calle templó su febril ardor, y cuando dichosamente encontró á su amigo, la calma comenzaba á enseñorearse de aquel quebrantado cuerpo.

Carlos estaba en su casa, en mangas de camisa, leyendo, cuando Manuel le fue introducido en su cuarto; notó la palidez, el desorden del cabello y el centelleo raro de los ojos del recién llegado, y exclamó:

—¡Qué bárbaro, qué mona te has pues-

to! ¡Como no te hayan visto los de casa....!

—¿Mona?...repitió Manuel con amargura; y sin dar mayor importancia á la broma, entró de lleno en la cuestión:

—Vengo expresamente á contarte algo muy grave; te suplico me atiendas.

Manuel refirió la calumnia. Calumnia, sí, por que él esperaba que lo fuera; y Gómez se quedó lívido, pues conociendo el carácter violento de su amigo y adivinando lo que meditaba, vio todo color de sangre.

—¡Pobre hermana mía; adiós ilusiones de encumbrada posición! ¿Cómo voy ahora á solicitar la plaza de maestra? A boca llena me la negarían. Mi casa será objeto de burla; y cuántos ¡ay! no querrán relacionarse con mi hermana para.... hundirla más. Y reprimía el llanto.

—Vaya, hombre, no te aflijas, ese es un mal reparable. No es ello un daño tan grande. Quién no perdona los desvíos de la juventud.

Y con acento reposado, añadió:

—Mañana temprano, y no digo ahora, porque es ya tarde, irás tú al cuarto de Julio y le obligarás á casarse con Mercedes. Eso cabe y es hasta lógica consecuencia, puesto que tanto se aman. Por que no lo dudes, Julio quiere á tu hermana. Después de casi año y medio de cortejos, nadie se admirará de ese matrimonio: es muy natural. Mientras que si tú matas á Julio, no podrá hacerse la reparación. Al dominio público pasará un hecho,

en el criterio social execrado; se burlarán del lance y Vds. serán alimento, para unos días, de las conversaciones del vulgo. Ese vulgo ávido de sensaciones, que goza cuando hay sucesos escandalosos.

—Tienes razón, Carlos; y comprende tú que si á mi vez no razono, es por que estoy ofuscado, herido. ¡Oh, mañana mismo me le sabré imponer á ese pillo y... ó subsana el daño, ó me pagará caro la perfidia!

—Pero antes debes cerciorarte hasta no dejar campo á la duda; mucho tino, por que si no hay más que lengua, puede que eches á perder la fortuna de Mercedes.

—Descuida, no daré un paso en falso. Hablaré con ella. Verás... ¡Pero por Dios calla, Carlos, calla; no sueltes una palabra!

Tan sobrexcitado mostrábase Velar con el dolor cruel que le picoteaba el corazón, que Gómez se puso el saco y tomándole de bracete lo acompañó hasta su casa.

XVII

La noche se le hizo interminable y pesada. Al amanecer, con aparente tranquilidad y revolviendo en el magín las ideas que se le agolpaban, erró por las calles como sonámbulo, dándose tiempo para reposar sus exterminadores ímpetus. Poco después de las seis de la mañana, pensó ante la puerta ,de la pieza de Julio:

—Este es un dormilón que obligaré á levantarse para que tenga el valor de confesar sus desaciertos y los enderece. Pero Julio no debía de estar allí, pues aunque amenazaba Manuel romper los tableros, nadie respondía.

—Si estará muerto....? ¡Qué va....! Ese ha ido á dormir sabe Dios dónde...

Cuando ya sobre los tejados se veían las alfombras de oro tendidas por el sol, volvió al cuarto de Julio. Nada. El tiempo se iba en inútiles paseos. Sin embargo esperó en la esquina una hora sin más distracción que la caricia furtiva prodigada á su revólver.

A Julio se lo había tragado la tierra, por lo menos, pues no parecía.

El "Alvena", embarcación norteamericana, zarpaba con rumbo á Nueva York un día antes de la fecha que Julio designara para su partida. Por un azar feliz de su constante buena suerte, se le ocurrió que era un disparate aguardar otro vapor; compró el pasaje y durmió en casa de su cuñado, no sólo para pasar con su familia, la última noche, sino para que le despertasen temprano. Al día siguiente, mientras Velar mataba las horas en pesquisas ociosas, Ruiz, sin maletas, para no cortar sus alas, emprendió viaje.

Cuando ya tarde tuvo Manuel conocimiento de ello, se enclaustró en su casa y aunque mustio, triste, consoló á su hermana, que al saber que su fementido amante se había hecho á la vela y la había dejado sola, no pudo la infeliz reprimir su dolor, menos preocupada de lo grave de su flaqueza que de la traición del otro.

No resistiendo ya el estrecho recinto de su cráneo, la presión fatigosa de sus penas, Manuel, muy conmovido, hizo á su padre historia completa del enamoramiento de Mercedes. El honradote viejo mofletudo, con sus omoplatos rectos y sus piernas erguidas, llevando el chircagre de una á otra comisura de los labios, escuchó con inquietud el acento febril de su hijo, lanzó un *escupite chisgueteado*, medio á medio del espacio de suelo que lo separaba de Manuel, restregó con la claveteada suela del ancho zapato la saliva, se colocó el cabo del chircagre en la oreja y dijo con entonación chabacana pero sincera:

—Bueno, te he entendio; pero *pa* que te *azorás* tanto, que *te podés* enfermar.

Frío se quedó Manuel, no sabiendo si era ira ó lástima lo que sentía.

—¿Que por qué me azoro tanto, pregunta Ud? Pues por que su hija, mi hermana, ha caído; ya no habrá quien dé lustre á su nombre, ya no vale nada.

—¿Y vos, pa que estás, si ella no puede; vos, por quien me he veníu aquí y he gastao mis riales?

Perplejo se quedaba Manuel; comprendía que en *ñor* Pantaleón arraigaba la idea de la inferioridad femenina y que, desde luego, no se le daba un ardite el desliz de su hija.

—Yo deseaba, señor, levantar á mi familia; proporcionarle á Mercedes una posición regular siquiera, y ahora... me será difícil, por que acciones semejantes á la que me tiene achucuyado, son escarnio y vergüenza para la sociedad en que yo pretendo figurar con ella. Ahora... la rechazarán y talvez á mí...

Pareció conmoverse *ñor* Pantaleón, pero fue porque le dio horror pensar que su hijo idolatrado, el talentoso, la esperanza de la familia, el que iba á dar lustre á la casta, estuviese en vías de trastornarse. Llamó á su mitad carísima para explicarle á su modo lo que Manuel le expresara, comunicándole también sus temores.

En presencia de su Madre, Manuel se dirigió á ella en el supuesto de que le comprendería. Otro desengaño. Con gran pena vio alelarse á *ña* Ramona ante

su abatimiento; la vio clavarle los ojos como sondeando el padecer de su corazón, tratando de diagnosticar heridas cuya profundidad no alcanzaba á comprender.

Manuel inclinó la cabeza sobre el pecho, juntó las manos y las metió entre las rodillas, murmurando:

—¡Sólo Mercedes y yo sabemos sufrir!

¡Y qué amarga entonación dio á la palabra sabemos!

—Mas ¡qué diantre de necesidad teníamos de ese aprendizaje, de haber aguzado nuestros sentimientos!... ¿Sería un mal el haberme civilizado?... ¿Y las grandes ventajas de la cultura, por qué no vienen en mi auxilio?

Se comparaba Manuel con sus padres, aquellos campesinos tan bonazos, traídos de la noche á la mañana á un centro social tan diferente del que los había formado; traídos á una vida agitada y llena de complicaciones que no se explicaban. Honrados viejos, que alucinados por un esplendor problemático, abandonaron el terrón que los vio nacer, sus comodidades y el cariño de sus compoblanos que tanto los respetaban. Verdaderamente no entendían el drama que Manuel les pintaba como una lluvia de desventuras para lo porvenir. Y si bien es cierto que algo les incomodaba el traspiés de su hija, es más que no lo tenían por irremediable ni terrible. En Bejuco, eso del honor, en estas peripecias de la vida, era hueco vocablo, por no decir desconocido; y por su

amorística condescendencia, la muchacha no perdería las bodas.

A no haber sido Manuel, que deseaba que Mercedes viviese en San José, pero al calor del hogar, *ñor* Pantaleón, inducido por su mujer, hubiera caminado con los suyos á Bejuco. Pues si para Manuel y Mercedes, esperaba con el tiempo brillante posición, fuente de dichas, para sí y los que le restaban de su familia, seguía el proverbio de, "cada oveja con su pareja".

A pesar de todo, *ña* Ramona reconocía el padecimiento de su hijo, y era, naturalmente, la ocasión de aplicar un remedio. Su experiencia habíale demostrado que existía la terapéutica de los corazones heridos por la jabalina del dolor moral. Y así como daba un remedio de los de ella para una fiebre, dijo con la intención sana de consolar á Manuel:

—*Pus* hijóo, no *echase* á morir por eso. En Bejuco *naide* la desdeñará. ¡Si se les *que* la baba por ella, así estuviese criando! Vámonos allá, si es que aquí ya nadie la quiere.

¡Imposible transigir con tales arreglos, Sus miras ambiciosas á ello se oponían.

¡Ah, si él no hubiese salido de su pueblo, jamás habría concedido á estos hechos sociales tanta importancia; no hubiera amado cultamente á su hermana y se habrían evitado las calamidades de que eran presa.

Ofuscado Manuel, no veía la lógica de sus males, perspicua en su carácter sober-

bio alimentado por las adulaciones de que había sido objeto desde niño.

Era una aberración de su entendimiento apenado.

La brillante fortuna que para los suyos ansiaba, como un espejismo perdíase en el horizonte de sus ambiciones; para salir perdiendo y sufrir comparaba su talento con el de sus compañeros. Las primeras magistraturas creíalas para él inabordables; y aquel que *ñor* Pantaleón soñó rosal de sus esperanzas ya nunca se vería pitiminí de venturas.

Lo que impulsó á Manuel al estudio no fue otra cosa que la "tendencia natural de todo hombre á mejorar su condición", afán que en él despuntó como una rareza en Bejuco, y que, desgraciadamente, nadie supo conducir. Si alguien hubiera pensado en enseñar á Manuel á adaptarse al medio nuevo, tanto como posible era para quien como él tenía toda una rústica é ignorante ascendencia, si le hubieran enseñado á normar sus actos, no con la loca fantasía, sino con el cálculo de sus capacidades, entonces la felicidad relativa la habría hallado en sí mismo. Empero debió ser, á más de un joven sin mentor, uno de esos cuya fuerza de acción, cuya demasiada energía les impulsa á moverse de manera que no está en relación con los elementos de que disponen para satisfacerse.

Manuel exclamó:

—¡La ciencia es madre de la corrupción, de los artificios sociales, de las nece-

sidades infinitas, en síntesis del dolor profundo....!

La condenó en su desesperación, achacando á la obra civilizadora, lo que era el resultado de su indomable carácter y del modo cómo se le criara.

Fin

VOCABULARIO

de los provincialismos más notables que ocurren en esta obra

Atado —Peinado que consiste en dividir el cabello, atrás, en dos trenzas, las cuales se entrelazan, se recogen y se sujetan en la nuca.

Barba de viejo. — Desígnanse con este nombre varias especies de plantas trepadoras del género *Clematis* (ranunculáceas). Se llaman así á causa de sus aquenios, que provistos de una plúmula semejante al algodón y apiñados en racimos blanquizcos, parecen cabelleras ó barbas canas en la copa de los árboles. (Gagini).

Bateitas.—Fruto de una enredadera dehiscente en forma de batea.

Bebiendo agua (las nubes.)—Es un fenómeno meteorológico. Al amanecer se observa que los cúmulos agrupados en las crestas de las montañas, descienden hasta tocar la superficie de los ríos que corren en la zona montañosa.

Camote.—Amor, pero no en abstracto sino de alguien á alguien en concreto. (Gagini.)

Candanga —Llevárselo á uno *candanga*, es llevárselo la trampa.

Cazadora.—Pajarito de plumaje verde ó amarillo. Se alimenta de insectos.

Cojollo.—Cogollo de caña de azúcar (por antonomasia.) (Gagini)

Colipato. — Mariposa verde con pintitas plateadas, cuyas alas terminan en la parte inferior posterior en dos colitas.

Collareja.—(Anton.) Paloma collareja (Cheloroenas albilinea.)

Comemaíz.—Pajarito de plumaje oscuro, de cantar dulce, aficionadísimo á hacer su nido en las cercanías de las casas.

Corrongo.—Monísimo, gracioso (R. Fernández Guardia.)

Cuilmas.—Cándido, sencillote.

Curré.—La familia de los Tucanes es eminentemente tropical y sólo habita en América. De las muchas especies que tiene, seis viven en este país;....Todas estas aves viven en grupos más ó menos grandes en los bosques y se alimentan de insectos y frutas, pero también enguyen los pichoncitos tiernos y huevos de otros pájaros que persiguen en los nidos. (Calvo)

Chacalín.—Párvulo, pequeñuelo.

Chingaste.—Pozo, residuo, hez.

Chira—La espata ó garrancha. Como es de color rojizo amoratado, el pueblo emplea la frase "ponerse como una *chira*" para expresar que una persona se ha puesto muy colorada ó encendida. (Gagini)

Chiverre.—Chilacayote, cidracayote (id.)

Chocla.—Es nombre que dan los niños á uno de sus juegos favoritos (Véase id.)

Chompipe.—Es el pavo, al cual se da el nombre de *chompipe*, probablemente derivado de su propio grito.

Churuco.—Entre jugadores, cubilete (Gagini)

Donde.---Lo usan en lugar de *á*, *para*, *á casa de*, denotando dirección, ó de *en casa de*, *en la tienda de*, etc., para expresar el sitio; (id.)

Explicación.--Las lecciones de religión Católica Apostólica Romana que se dan á los niños en la iglesia con el fin de prepararlos para la primera comunión.

Guacal.---Recipiente semiesférico hecho de un fruto de forma esférica, cuya corteza resistente, encierra un interior carnoso fácil de extraer.

Guachipilín.---Guachapelí

Guanacia.---Así llaman los Centroamericanos á las Repúblicas de El Salvador y Honduras.

Guápil.---Fruta doble compuesta de dos que han nacido soldadas dentro de un mismo pericarpio. (Gagini)

Guate.--"Planta de maíz, que por no dar fruto ó por no llegar este á sazón, sólo sirve para pasto da caballerías."

Güitite.---Solanácea muy común en los cercados. (Gagini)

Hermano.---Es para nuestra gente campesina no un prójimo vivo sino un *aparecido*, un *espectro*. (Gagini)

Ingüento.---Ungüento.

Juminante.---Fusil de cargar por la boca.

Leche.---Látex de las plantas.

Macho.---Extranjero.

Melcochas.---(de trapiche) Dulce sobado.

Molendero.---Mesa basta de cocina que entre otros usos tiene aquel de que deriva su nombre: sirve para poner la piedra en que se muele el maíz para hacerlo masa.

Mozote.---Hierba (véase Gagini).

Nacíu.---Divieso.

Ña.---Aférisis de Doña.

Ñato.---Chato.

Ñor.---Aférisis de Señor.

Ojos de buey.---Fruto de una enredadera propia de lugares templados y cálidos. Es duro, redondo y aplastado, y por la forma justifica su nombre. Los hay negros y de color bayo leonado; estos últimos son más apreciados y poseen en opinión del pueblo la singular virtud de librar de las mordeduras de culebras y evitar muchas enfermedades á los que los llevan en el bolsillo (Gagini)

Orilla.---(Gentes de la orilla) de los arrabales; gente de clase inferior.

Piapia.---(*Psilorhimus mexicana*). Especie de urraca muy extendida en todo el país; estas aves andan generalmente en bandadas, lanzando gritos extridentes que dicen con toda claridad: ¡pia! ¡pia! Ocasionan muchos perjuicios en las milpas y frutales. (Gagini)

Poró.---Arbol que se utiliza para cercar. (id)

Real quema.---No tener un centavo.

Repelas.---Recolección de los granos de café que han quedado en las matas después de verificada la cosecha. (Gagini)

Silampa.---Lluvia menuda y helática.

Tamal.---Pasta de maíz adobada con carne de cerdo ó gallina, arroz, pasas y especies que se cocina envuelta en hojas de plátano ó en tusas.

Tapate.---(Datura stramonium) Solanácea que se emplea como cataplasmas. (V.---Gagini)

Taquilla.---Aguardentería.

Tercios.---(de sal) Arroba de sal envuelta en hojas de plátano y liada con bejuco

Tigrillo.---Gato montés.

Tijo.---(Crotophaga sulcirostris) Voz Onomatopéyica con la que se designa en Costa Rica á un pájaro negro muy común.

V

Tiquicia.---Voz con que designan á la República de Costa Rica en Centro América.

Tecolote.---Color achocolatado.

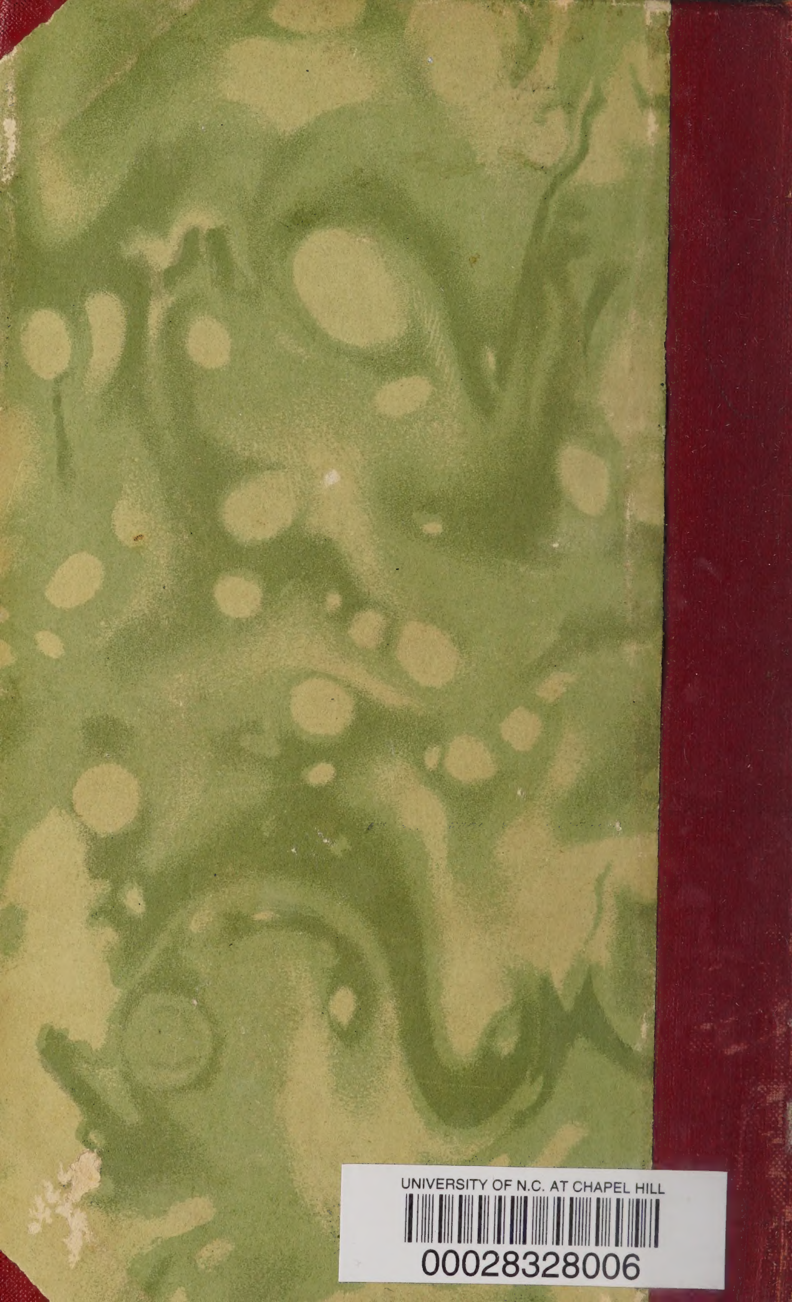
Tuitico.---Todo.

Veraguada.---Ropa echada á perder por la humedad.

Yantén.---Yerba medicinal.

Zaguates.---Perros muy desmejorados y ladradores. (1)

(1) La mayor parte de estas palabras pueden verse en el "Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa-Rica", por C. Gagini.


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028328006